

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

LUTO POR UNA RUBIA TONTA

*Clark
Carrados*



Ella lanzó una risita de satisfacción y luego le abrazó y besó apasionadamente.

—Este momento tan maravilloso debería ser eterno, ¿no te parece?

—dijo con los labios pegados a la oreja del hombre.

Milo Dowell asintió.

—No debería acabarse nunca, en efecto. Lo malo es que tengo que trabajar, Jessica. Tenemos que trabajar, estaría mejor dicho.

Jessica Bartney, rubia, de figura opulenta, suspiró.

—¡Qué lástima! Ahora era cuando lo estábamos pasando mejor... Está visto que en la vida no se puede tener todo. Lo dijo Sócrates, ¿no?

Dowell ocultó una sonrisa. A veces, Jessica parecía un poco tonta.



Clark Carrados

Luto por una rubia tonta

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1677

ePub r1.0

Lds 23.02.19

Título original: *Luto por una rubia tonta*

Clark Carrados, 1982

Cubierta: Núñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Ella lanzó una risita de satisfacción y luego le abrazó y besó apasionadamente.

—Este momento tan maravilloso debería ser eterno, ¿no te parece? —dijo con los labios pegados a la oreja del hombre.

Milo Dowell asintió.

—No debería acabarse nunca, en efecto. Lo malo es que tengo que trabajar, Jessica. Tenemos que trabajar, estaría mejor dicho.

Jessica Bartney, rubia, de figura opulenta, suspiró.

—¡Qué lástima! Ahora era cuando lo estábamos pasando mejor... Está visto que en la vida no se puede tener todo. Lo dijo Sócrates, ¿no?

Dowell ocultó una sonrisa. A veces, Jessica parecía un poco tonta.

No sabía qué pensar de ella. Era una joven encantadora, ardiente, con el fuego en el cuerpo, pero infantil en muchas de sus acciones. Reía en ocasiones sin venir a cuento y pronunciaba frases absurdas que luego atribula a disparatados personajes célebres. Cuando, realmente, acertaba con la frase, equivocaba el autor. Dowell había llegado a pensar que, en aquel cuerpo lleno de atractivos, completamente desarrollado, hermoso como pocos había visto en su vida, habla una mente diez años más joven, el cerebro de una niña absolutamente ingenua.

Pero Jessica tenía otras cualidades y ello le hacía sentir un notable afecto hacia ella. Era discreta, activa, fiel y le encantaba dirigir la casa. Tenía todo inmaculadamente limpio y guisaba con manos de ángel. Dowell empezaba a hacer cálculos acerca de una vida en común, por el resto de sus días, claro que ya legalmente unidos. Jessica daría saltos de alegría, palmotearía ruidosamente,

soltaría luego unas lagrimitas de emoción...

«Tendré que pensármelo detenidamente», se dijo, mientras empezaba a vestirse. —Convendría que te vistieses tú también— aconsejó, sentado en el borde de la cama.

—Hay que volver al trabajo, ¿eh?

—No queda otro remedio, muñeca. Tenemos que vivir, es preciso ganarse el pan con el sudor de nuestro rostro...

—Lo dijo Abraham Lincoln, ¿verdad?

Dowell elevó silenciosamente los ojos al techo.

—Sí, fue Lincoln —repuso.

—La verdad es que somos un par de chiflados —dijo Jessica riendo—. Hemos cerrado el local para almorzar y, en lugar de irnos al restaurante de la esquina, nos hemos venido aquí a... Bueno, a mí me conviene; así elimino calcio.

—Mujer, lo que eliminas es grasas, no calcio —refunfuñó él.

—Vaya, pues yo siempre pensé que el calcio era eso que se pone en los sitios donde una tiene que rebajar centímetros de contorno. Tendré que estudiar Antropología...

—Querrás decir Anatomía.

—Bueno, lo mismo da...

El teléfono sonó en aquel momento. Dowell, a medio vestir, levantó el aparato. —Dowell— dijo.

—Soy Hackeman, abogado, de la firma Hackeman, Hackeman y Swolton. Señor Dowell, ¿podría venir a mi despacho con la mayor urgencia posible?

—¿Qué sucede, señor Hackeman? Tengo un trabajo y no sé si me será posible... —Conozco su trabajo y sé que tiene una empleada. Déjela a ella al cargo de la tienda. Se trata del testamento de su abuelo Victor Roundelar.

—¡El viejo pirata! ¿Qué le ha pasado a ese vampiro chupasangres?

—Ha muerto hoy, al amanecer, señor Dowell.

—Vaya —murmuró el joven—. Es una noticia sorprendente. Parecía tener una salud de hierro...

—Estaba próximo a cumplir el siglo. Eso se nota —dijo el abogado con una nota de humor macabro en la voz—. Venga en seguida, se lo ruego; es muy interesante.

—Está bien, iré inmediatamente.

Dowell colgó el teléfono. Jessica se había puesto ya las bragas y le pidió que le abrochase el sostén.

—¿Qué sucede, Milo? —preguntó, vuelta de espaldas a él.

—Mi abuelo ha muerto esta mañana. Tengo que ir a hablar con su abogado. Supongo que será para informarme del testamento. El viejo carcamal me habrá dejado diez dólares para que pueda pagarle el ramo de flores que debo llevar a su tumba —contestó sarcásticamente—. Lo demás habrá ido a parar a las más disparatadas sociedades que puedas imaginarte.

—¿Era rico?

—Algo así como quince millones de dólares. Pero estábamos distanciados y apenas nos veíamos. Tenía un genio infernal...

—Quince millones —resopló Jessica—. Jesús, ¡qué noticia, Milo!

—No te hagas ilusiones. El viejo estará divirtiéndose ahora en el otro mundo, sabiendo que yo voy a ponerle verde cuando me entere del testamento. En fin, nunca le necesité para salir adelante en esta vida y no voy a lamentarlo ahora que ya tengo el negocio encarrilado. Cuida bien de la tienda, ¿eh?

—No te preocupes, cariño. Vuelve pronto; me está matando la curiosidad.

Dowell le arreó un pellizco en la nalga.

—Hay otras cosas que matan más agradablemente —se despidió.

* * *

Atendió al cliente, cobró el importe de la venta, le entregó el *ticket* con la vuelta y luego se dispuso a quitar el polvo del mostrador con un plumero. En aquel momento entraron dos hombres.

Jessica les dirigió una amable sonrisa.

—¿En qué puedo servirles, caballeros? —solicitó cortésmente.

—¿Está tu patrón, nena? —preguntó uno de ellos.

—No, señor; yo soy la encargada... Pero puedo atenderles en lo que gusten...

—Yo soy Backie Fuller. Tu jefe nos debe trescientos dólares.

Jessica parpadeó.

—No lo sabía..., pero, en todo caso, tendrán que aguardar a que vuelva —contestó—. Ha salido y no sé cuándo regresará.

Fuller se volvió hacia el otro.

—¿Qué dices tú, Ron? —consultó.

—El jefe dice que no podemos demorarnos más —contestó Ron Witts con un gruñido.

Fuller se encaró nuevamente con la joven.

—Ya lo has oído, preciosa. Afloja la «pasta» o...

Jessica empezó a sentirse aprensiva. Los rostros de aquellos sujetos no le inspiraban ninguna confianza. Uno de ellos tenía marcas de viruelas. En el otro había una cicatriz que partía del ojo izquierdo y acababa en el mentón. El borde inferior del ojo había quedado deformado por la cuchillada y el aspecto de Witts resultaba aterrador.

—Lo..., lo siento... Tengo orden de no hacer ningún pago, sin que esté él presente...

Jessica mentía en parte. Dowell confiaba absolutamente en ella y si se hubiera tratado de otros tipos, habría efectuado el pago inmediatamente, previa entrega de la factura o justificante de la deuda. Pero ninguno de los dos había hecho el menor ademán de mostrar ningún documento que justificase la petición de los trescientos dólares.

Fuller lanzó un reniego.

—Nena, no nos hagas esperar —dijo—. Hemos venido a por la «pasta» y nos la llevaremos, tanto si te gusta como si no te gusta.

—Cuando llegue el jefe, se lo dices y en paz —añadió Witts.

—¡No!

Jessica era muy bonita y tenía un rostro de muñeca infantil, pero, cuando era necesario, sacaba a relucir su genio, y más ahora, que debía defender lo que pertenecía al hombre del cual estaba ciegameamente enamorada. Armándose de valor, había pronunciado aquélla sílaba, que significaba una rotunda negativa a las pretensiones de los dos sujetos.

Fuller y Witts se sorprendieron en el primer momento. Luego reaccionaron y se echaron a reír.

—La chica tiene genio, ¿eh?

—Estamos perdiendo el tiempo —gruñó Witts—. Sacaré yo mismo el dinero de la registradora...

—¡No la toque! —gritó Jessica.

Fuller se hartó. Agarró a la joven por la pechera del vestido y

tiró de ella, haciéndola inclinarse a través del mostrador.

—Nos vamos a llevar ese dinero —dijo—. Y tú no...

De repente, lanzó un aullido de furor. Jessica había bajado la cabeza y le había arreado un tremendo mordisco en la muñeca.

Fuller se enfureció. Levantó la mano y asestó a la joven una terrible bofetada.

Jessica gritó, retrocedió con los brazos abiertos y empezó a caer. Su cabeza chocó con el duro borde de un estante, situado a tres palmos del suelo.

El grito se apagó en el acto. Se oyó un siniestro chasquido. Jessica cayó al suelo, dobló la cabeza y se quedó inmóvil.

—Me parece que te has pasado, tú —dijo Witts, que ya estaba contando los billetes.

—Bah, sólo es un desmayo sin importancia —contestó Fuller desdeñosamente—. Cuando despierte, que se tome un par de tabletas y, dentro de una hora, como nueva.

* * *

Dowell oyó el informe del abogado y creyó que se desmayaba.

—No es posible —dijo.

Hackeman sonrió.

—Es muy cierto y tendrá ocasión de comprobarlo cuando se proceda a la lectura oficial del testamento —manifestó—. De momento, le he llamado a usted para que sepa cómo están las cosas. Dentro de una semana, se leerá el testamento y usted entrará en posesión oficial de la fortuna de su abuelo.

—Quince millones —resopló el joven—. Pero el fisco se llevará un enorme pedazo...

Hackeman carraspeó.

—Perdón, señor Dowell, creo que no he sabido expresarme. Los quince millones, dólar más, dólar menos, son limpios de polvo y paja, es decir, una vez pagados todos los impuestos y deducidas las pocas mandas que dejó a algunas personas de su servidumbre. Todo lo demás, bienes inmuebles, acciones bancarias, valores y las cuentas corrientes, le pertenece a usted.

—Pero no lo entiendo... El abuelo y yo éramos como el perro y el gato... Nunca nos pudimos ver... Bueno, él no podía verme a mí;

y yo le apreciaba mucho, pero, claro, no quería someterme a su despotismo...

—Eso es, precisamente, lo que encantaba al difunto señor Roundelar. Justamente, hace un par de días, me dijo que usted era el único pariente que se había atrevido a enviarle al infierno, en lugar de hacer una reverencia cada vez que le dirigía un reproche. El señor Roundelar admiraba enormemente su espíritu de independencia y se sentía muy orgulloso de que usted hubiera sabido prosperar sin pedirle un solo centavo. Por eso modificó su testamento y le dejó todo cuanto poseía. Aparte de que incluso en el caso de no existir tal testamento, usted sería el heredero legal, porque era descendiente en línea recta, dado que es hijo de la hija del difunto señor Roundelar. Hay otros parientes en grado inferior, hijos de un hermano, pero éstos no podrían disputarle a usted un solo dólar de la fortuna de Víctor Roundelar.

—Sí, tengo unos primos, pero, prácticamente, apenas me he relacionado con ellos. Bien, supongo que ahora tendré que hacer lo necesario para asistir a las ceremonias fúnebres. ¿Cuándo es el entierro, señor Hackeman?

—Mañana, a las doce, en el cementerio de Long Hill.

—Muy bien. Lo primero que haré será cerrar la tienda. Luego iré a la casa del abuelo...

—Ya es su casa, señor Dowell —puntualizó el abogado.

Dowell salió de la oficina, pisando sobre nubes. Quince millones de dólares. Nunca había esperado nada de aquel viejo cascarrabias y ahora, de repente, se encontraba nadando en la abundancia.

Comprendía los sentimientos de aquel viejo gruñón que había sido su abuelo. También Roundelar había sido un hombre emprendedor, elevándose de la nada hasta llegar a una posición realmente envidiable. Había trabajado, luchado con denuedo y, al fin, la fortuna le había otorgado sus favores.

Se preguntó qué haría en lo sucesivo. ¿Se casaría con Jessica?

No podía decir que la amase realmente, pero sentía un vivo afecto hacia ella. A fin de cuentas, y dejando de lado su carácter infantil, Jessica había estado a su lado desde el primer momento y había sabido amoldarse a las estrecheces de una vida que no tenía apenas perspectivas, trabajando a su lado continuamente, sin quejarse en ningún momento. Había llegado, al fin, a conseguir una

excelente posición y ella no había variado en ningún momento su actitud hacia él.

Dejarla de lado ahora sería una traición, se dijo. Y, bien mirado, era la mujer ideal en todos los sentidos. Si se quería, era tonta, pero también discreta y eficiente y trabajadora...

Los sueños rosados de Dowell se disiparon trágicamente cuando llegó a la tienda y vio policías en la calle y en el interior. Vio también una ambulancia y cuando divisó a los dos sanitarios que sacaban una camilla en la que iba un bulto cubierto con una sábana blanca, sintió que se le encogía el corazón.

CAPÍTULO II

—Siéntese, señor Dowell —invitó el sargento Ayres—. Antes de nada, permítame expresarle mi pesar por lo ocurrido. Ha sido realmente un suceso desagradable...

El joven lanzó una risa amarga.

—¿Sólo desagradable? Han asesinado a la mujer con la que iba a casarme, una joven encantadora, mi mejor colaboradora en el negocio... y usted lo califica de suceso desagradable. ¿Qué deja, pues, para el asesinato, sargento?

Ayres bajó la cabeza.

—Lo siento —murmuró—. Comprendo su estado de ánimo, pero, créame, no podemos hacer más de lo que hacemos. Hay testigos, pero no existen pruebas. Los dos hombres entraron y salieron normalmente. Se supone, sí, que uno de ellos la golpeó y la derribó. Al caer, el cráneo chocó contra un saliente y...

—¿Quiénes era esos hombres, sargento? —preguntó Dowell con voz crispada.

—Permítame antes unas preguntas —rogó Ayres—. Necesito redactar mi informe, compréndalo.

—Está bien, adelante.

—Conocemos a los dos sujetos y sabemos de sus «actividades» por llamarlo de alguna manera. ¿Le habían amenazado en alguna ocasión?

—Bueno... Hace algún tiempo, un sujeto vino y dijo que quería contratarme una póliza de seguro. Yo le dije que ya tenía uno y no necesitaba más. El hombre me dijo que sólo me costaría trescientos dólares al mes y yo seguí negándome. Ya no insistió y se marchó. Dos días más tarde, alguien me llamó por teléfono y me dijo que resultaría muy conveniente que firmase la póliza de seguros. Le

envié al diablo, como es natural.

—Aquel supuesto agente de seguros, ¿dio algún nombre?

—Smith.

—Falso, sin duda alguna. ¿Puede describirlo, señor Dowell?

—Claro, soy buen fisonomista. Bajito, muy educado, pelo rubio, bastante escaso ya, sobre todo encima de la frente; lentes con cerco de oro, elegante...

—Dirk Boyle *el Dandy* —dijo Ayres inmediatamente.

—Ah, le conoce —exclamó Dowell.

Ayres hizo un signo afirmativo.

—Demasiado, por desgracia —contestó—. Pero también es un sujeto muy escurridizo... Siga, se lo ruego.

—No hay mucho más que añadir. A los pocos días, recibí la visita de otro hombre. Me aconsejó que pagara. Habló del riesgo de un incendio, del vandalismo de los jóvenes delincuentes, de los drogadictos que roban un puñado de dólares a punta de pistola, para alimentar su vicio... En fin, me pintó un panorama muy tétrico sobre la seguridad de mi local. Comprendí el significado de su discurso y le enseñé mi revólver.

—Ah, tiene un arma.

Le mostraré la licencia, si lo desea, sargento. Estoy dentro de la ley en cuanto se refiere a la posesión del revólver.

—No lo pongo en duda, señor Dowell —contestó Ayres—. ¿Cómo era el... «profeta»?

—Alto, también elegante... muy apuesto, pero me pareció muy amigo de las joyas...

—Ah, Shatto *el Guapo*. Es el principal proveedor de los fabricantes de espejos de la ciudad —dijo el sargento cáusticamente.

—Se encuentra bonito, ¿eh?

—Es un narcisista impenitente, pero tiene el corazón de una hiena hambrienta. Bien, señor Dowell, creo que ya tengo trazado un esquema de la situación. Los dos tipos que fueron a su tienda quisieron cobrar la «prima» del seguro a la fuerza, su empleada se resistió, la golpearon y...

—Los encerrarán en la cárcel, supongo —dijo el joven.

Ayres hizo un gesto negativo.

—Lo siento terriblemente. No tenemos pruebas.

Dowell apretó los labios.

—Conozco la ley. Sin pruebas no se puede condenar a nadie. Sabemos que lo hicieron ellos, pero no tenemos medio de demostrarlo.

—Por desgracia, así es. Y siento tener que decirle que su empleada no es la primera víctima de esa gentuza. Han apaleado a honrados comerciantes, destruido tiendas, quemado mercancías... Al fin, consiguen imponerse y los amenazados pagan la «protección» exigida.

—Eso, supongo, debe de ser cosa de una banda organizada.

—«Muy» bien organizada —dijo Ayres—. El jefe, al menos la cabeza visible, es un tal Dion McCooper, presidente de la Mutual Life Commerce Insurance. Si hay alguien por encima de él, lo ignoramos. Nuestras pesquisas no han podido pasar de McCooper. Quizá él sea el jefe..., pero una cosa es cierta: la compañía aseguradora es sólo una tapadera legal.

—Gracias por todo, sargento. Ah, ¿podría decirme una cosa?

—Sí, con mucho gusto.

—Quiero conocer los nombres de los dos matones que asesinaron a la señorita Bartney.

Ayres miró fijamente al hombre que tenía ante sí. El aspecto del joven era más bien corriente, aunque lo adivinó recio y fornido bajo su indumentaria. Pero en los ojos oscuros de Dowell apreció una mirada llena de energía y rebosante de decisión. Sin saber por qué, pensó que McCooper se había creado un mal enemigo.

—Muy bien —dijo al cabo—. Le daré los nombres..., pero no me gustaría que se saliese de la ley, por ansia de venganza, señor Dowell.

—Lo tendré en cuenta, sargento —contestó el joven fríamente.

—Backie Fuller y Ron Witts.

Dowell se puso en pie.

—Pensaba asistir sólo a un entierro, pero tendré dos en el mismo día —dijo con amargura en la voz—. Adiós, sargento.

Ayres no contestó. Comprendía los sentimientos de Dowell. Furioso, crispó las manos. ¿Por qué permitía la ley que ocurriesen cosas semejantes?

Una hermosa joven iba a ser enterrada. Había muerto cuando más podía esperar de la vida. Y sus asesinos estarían libres,

disfrutando en algún bar, bebiendo unas copas con alguna furcia tal vez...

—Sí, era injusto, pero ¿qué podía hacer?

De pronto, se le ocurrió una idea. No estaba seguro del comportamiento de Dowell, pero presintió que el joven no iba a dejar impune el asesinato de su empleada.

—A poco que pueda, lo ayudaré —se prometió en silencio.

* * *

El viejo mayordomo abrió la puerta cuando le vio llegar y le dirigió una cortés sonrisa.

—Bien venido a casa, señor —saludó.

Dowell le puso una mano en el hombro.

—Celebro saludarle, Perry. Las circunstancias, sin embargo, no son las más agradables para volver a vernos, ¿no es cierto?

—Sí, señor, pero debemos tener en cuenta que la vida sigue. No podemos quedarnos estancados, señor, y menos usted, que es joven y tiene ante sí un esplendoroso porvenir. Debe rehacerse y procurar ser fuerte, aunque le cueste al principio.

—Gracias, Perry —sonrió el joven.

—Ya sé lo que le pasó a aquella pobre muchacha. Lo siento terriblemente, señor. —Posiblemente, habríamos acabado en matrimonio. Me costará olvidarla, Perry.

—Fue un crimen inicuo —calificó el mayordomo—. Pero supongo que la ley se encargará de los asesinos...

—La ley. —Dowell rió agriamente—. Será mejor que no hablemos de eso, Perry.

Por favor, ¿quiere servirme una copa de coñac en la biblioteca?

El mayordomo se inclinó.

—Sí, señor; al momento.

Con la copa en las manos, Dowell se hundió en un butacón. Perry lo dejó solo, entregado a sus melancólicas reflexiones. El joven tomó el coñac a pequeños sorbos, mientras pensaba en las sangrientas ironías de la vida. Ahora lo tenía todo, menos Jessica. Ella podía haber disfrutado de la inesperada fortuna que le había llegado, por un sorprendente capricho de un anciano gruñón y malhumorado... y en lugar de ello, yacía en la fría oscuridad de una

tumba, bajo seis palmos de tierra.

No había derecho, se dijo. Quienes tenían que estar muertos eran McCooper, y Boyle *el Dandy*, y Shatto *el Guapo*, y Witts y Fuller...

De repente, apretó los labios. Acababa de concebir una idea.

Sí, ¿para qué quería el dinero? Ahora que no tenía preocupaciones económicas, ¿por qué no emplear parte de la fortuna heredada de su abuelo en algo útil?

Por ejemplo, vengar a Jessica... y a otras personas que han sufrido las depredaciones de esos miserables...

Durante largo rato, permaneció en el sillón, elaborando planes que, en su mayoría, eran desechados apenas concebidos. Por supuesto, le sobraba dinero para contratar asesinos profesionales, pero era algo que repugnaba a su conciencia.

Si lo hacía, se pondría a la altura de aquéllos a quienes quería combatir. No, tenía que ser algo mucho mejor, incluso sofisticado... pero que, al final, acabase con una completa derrota de McCooper y sus sicarios.

Abstraído en sus pensamientos no se dio cuenta de que había llegado la noche, hasta que oyó unos nudillos en la puerta de la estancia.

Perry apareció en el umbral.

—Señor, la cena está dispuesta —informó.

Dowell se puso en pie.

—Gracias, aunque no tengo mucho apetito...

—Debe alimentarse, señor. Usted es joven y el cuerpo necesita reponer las energías consumidas. Aunque recuerde constantemente a las personas queridas que ya se fueron, no por ello debe abandonarse y descuidar su propia existencia.

El joven sonrió.

—Perry, es usted un mayordomo como hay pocos —dijo—. Por supuesto, no pienso despedir a ningún miembro de la servidumbre, sino todo lo contrario; les aumentaré el salario y... Al menos, haré esto en honor del abuelo.

—El difunto señor Roundelar le apreciaba a usted muchísimo. Constantemente decía que era el único miembro de la familia que había sabido enviarle a paseo cada vez que le ofrecía su ayuda. En cuanto a los demás, echaba pestes de sus parientes llamándoles, con

perdón, sanguijuelas, vampiros, chupasangres y, en ocasiones, empleando expresiones que no me atrevo a repetir por discreción.

Dowell no pudo evitar una ligera carcajada.

—Es preciso convenir que el abuelo tenía la lengua muy suelta —dijo—. Pero, por lo demás, era un hombre verdaderamente notable. Perry, ¿ha tenido noticias de los otros parientes?

—Llamó la señora Hodges. Parece ser que piensan asistir a la lectura del testamento. No se sienten muy satisfechos con las últimas disposiciones legales del difunto señor Roundelar.

—Tendrán que tomárselo con calma, les guste o no —contestó Dowell—. Ninguno de ellos es descendiente de mi abuelo en línea directa, de modo que, si intentan impugnar el testamento, perderán su tiempo y su dinero.

—Suponiendo que les quede algo, señor.

—Están a la sopa, ¿eh?

Perry sonrió maliciosamente.

—Como suele decirse, sólo tienen pelusilla en los bolsillos, señor —respondió—. ¿Sirvo la cena ya, señor?

Dowell miró a su alrededor y contempló la lujosa decoración de la mansión en la que iba a residir a partir de aquel momento. Jessica ya no estaba con él. Se la imaginó riendo y palmoteando alborozadamente, disfrutando como una chiquilla de aquellos lujos, sin tener que pensar en los apuros de fin de mes, y movió la cabeza con gesto lleno de melancolía.

—Sí, sírvame la cena, Perry —dijo al cabo.

CAPÍTULO III

Entró en la oficina y expresó sus deseos a una mecanógrafa. La joven, sin dejar de mover las mandíbulas, señaló con el pulgar una puerta acristalada.

—Vaya allí, señor —indicó.

—Gracias.

Dowell se detuvo un instante ante la puerta. El rótulo decía: V. RICKS, GENERAL

MANAGER & VICEPRES.

«El segundo de a bordo», pensó.

Tocó con los nudillos y empujó la puerta. Al otro lado de una gran mesa de despacho había una mujer de cabellos color de bronce, ocupada al parecer en el examen de unos libros de cuentas.

—Busco a v. Ricks —dijo Dowell.

Ella levantó la cabeza.

—Ya soy. Vivian Ricks es mi nombre, señor...

El joven respingó. Ella no tenía más de veinticinco años y parecía bastante guapa, aunque los grandes lentes que llevaba, con montura de concha, no favorecían preciosamente su fisonomía.

Ella sonrió.

—¿Qué le pasa? ¿No ha visto nunca a una mujer «manager» y vicepresidente de una compañía de seguros?

—Es la primera vez —admitió Dowell—. Por supuesto, no dudo de su competencia, o no ocuparía el puesto que tiene. Pero, sinceramente, no me lo esperaba.

—¿Esperaba encontrar a un hombre gordo, calvo y con la cara brillante de sebo? —dijo Vivian cáusticamente.

—Por favor, no me interprete mal. Le ruego me disculpe... —«La verdad es que esperaba ver a un tipo con pinta de forajido y no a

una mujer que parece una modelo», pensó—. Bien, lo que pasa es que deseo hablar con el señor McCooper.

—¿No puede decírmelo a mí, señor...?

—Dowell, Milo Dowell, señorita Ricks. Insisto, es un asunto muy personal.

—Bien, le anunciaré y... Veré si el señor McCooper está desocupado.

—Si no lo está, aguardaré aunque sea hasta la noche. Y si no me sentaré en el vestíbulo y esperaré a que salga, día y noche, hasta que consienta en recibirme.

Vivian pareció sentirse impresionada por aquella respuesta. Se disponía a usar el interfono, pero pareció pensárselo mejor y se puso en pie.

—Se lo diré en persona —sonrió.

Dowell apreció que la joven era muy alta y tenía una silueta sumamente distinguida. Vestía con discreción, pero no podía ocultar su elegancia.

Vivian cruzó el amplio despacho y abrió una puerta. Al cabo de unos momentos, volvió a salir y se quedó a un lado.

—Pase, señor Dowell —dijo—. El señor McCooper accede a recibirle con mucho gusto.

—Mil gracias, señorita Ricks.

Vivian regresó a su mesa. Con ojos entornados, contempló el interfono. ¿Debía escuchar lo que aquel joven tan atractivo tenía que decir a su jefe?

La discreción se impuso al fin y retiró el dedo de la tecla de contacto. Luego se ajustó los lentes y volvió a su trabajo.

* * *

—Le aseguro que no sé de qué me está hablando —dijo McCooper cuando el visitante hubo expuesto los motivos de su presencia en aquel lugar.

Dowell se esforzó por mantener la serenidad.

—Usted es el presidente y director general de la Mutual...

—Sí, sí, yo mismo lo sé mejor que nadie —atajó McCooper—. Pero no puedo evitar que haya desaprensivos que vayan por ahí invocando el nombre de la compañía para sus extorsiones. Lo siento

infinito, señor Dowell, pero debo insistir que soy absolutamente inocente de cuanto pueda pensar acerca de mí.

El joven se desconcertó. Quizá McCooper era sincero. Parecía un respetable ejecutivo, vestido con elegancia, sin notas estridentes en su indumentaria y con un aspecto de discreta prosperidad en general. Pero algo le decía que McCooper no quería admitir la verdad.

—Las pólizas que pretendían hacerme firmar estaban a nombre de esta compañía —dijo.

—Repito que no sé nada. No tengo que ver las actividades de ciertos desalmados, que van por ahí exigiendo dinero a honrados comerciantes, utilizando indebidamente el nombre de mi compañía. Resulta lamentable lo que le ha sucedido a usted, pero no tengo nada que ver con el asesinato de su empleada.

Dowell se atiesó al oír aquellas palabras.

—¿Quién ha mencionado un asesinato? —exclamó.

McCooper se turbó.

—Pues... los periódicos... Hablaron de un crimen en una tienda...

—No —cortó el joven, enérgico—. Dijeron que tal vez se trataba de un accidente, quizá esa pobre empleada se asustó y cayó al intentar huir de algo o de alguien. Ni siquiera la policía ha empleado la palabra que usted acaba de mencionar.

—Bueno, se me ocurrió...

Dowell se inclinó a través de la mesa, agarró la corbata del sujeto y tiró de ella hacia sí. McCooper se levantó a la fuerza.

—No se le ocurrió, porque fue usted mismo quien envió a dos canallas a exigir un dinero que yo me había negado a pagar. Fue usted el que ordenó a Backie Fuller y a Ron Witts que me dieran «una lección», para que aprendiera a pagar puntualmente la «protección» que su miserable compañía de seguros quería otorgarme a la fuerza. Bajo esta respetable pantalla de hombre de negocios es usted un miserable ladrón y un asesino sin escrúpulos, y yo voy a luchar contra usted hasta que consiga derrotarlo y hundirlo de modo que no vuelva a la superficie en un millón de años.

—Suélteme, suélteme... —jadeó McCooper.

Pero el joven continuaba reteniéndole por la corbata.

—Señor McCooper, ahora tengo dinero en abundancia. Soy millonario, para que lo entienda. Ya no se enfrenta con un pobre comerciante, que suda sangre para acabar el mes sin quebrantos. ¿Qué le parecería si buscara a un asesino para que le diese el pasaporte al otro mundo? Podría pagarle cien, doscientos mil dólares... y encontraría asesinos profesionales a puñados... ¿Le gusta la idea?

—Está soñando. Sé muchas cosas de usted y no tiene más que esa miserable tienda de chucherías baratas de diez centavos la docena. —McCooper se había quitado la máscara al fin—. Usted, doscientos mil dólares... Pobre iluso, ni siquiera es capaz de imaginarse la décima parte de esa suma...

Dowell se echó a reír.

—Conque no sé imaginarme siquiera veinte mil dólares, ¿eh? Voy a darle un consejo, Dion. Cuando me marche, llame al abogado Hackeman y pregúntele cuánto valgo yo en estos momentos. —El joven elevó la voz—. Tengo dinero y, por Dios que voy a hundirle a usted y a hacerle lamentar la idea que tuvo de cobrarme trescientos dólares mensuales. Por muchos años que viva, jamás serán suficientes para arrepentirse...

La puerta del despacho se abrió en aquel momento. Un hombre entró con cierta precipitación.

—Jefe, tengo noticias...

El recién llegado se interrumpió bruscamente al ver a McCooper sujeto todavía por la corbata que Dowell tenía aún en la mano. El joven se volvió, reconoció al individuo y sonrió.

—Hombre, pero si está aquí el tipo que vino a proponerme la firma de una póliza de seguros contra destrozos por bandas de delincuentes juveniles y atracos de drogadicto. ¿Me permite que le diga una palabra a su empleado, señor McCooper?

Dowell empujó a McCooper hacia atrás y lo lanzó sobre el sillón. Boyle le contempló con aprensión.

—Señor..., señor Dowell, deje que le diga que... lo sentimos infinito... Nosotros no..., no pretendíamos...

—Ah, no querían hacer daño a una pobre chica, ¿verdad? ¿Es eso lo que iba a decirme, *Dandy*?

Boyle estaba aterrado. Sonriendo con aparente amabilidad, Dowell se acercó al sujeto y le quitó los lentes.

—Permítame... Pero ¡qué sucios están los cristales! Voy a limpiárselos...

Deliberadamente, dejó caer los lentes al suelo y los aplastó de sendos taconazos. Boyle no se atrevía a respirar siquiera.

Súbitamente, Dowell disparó el puño derecho. Alcanzado de lleno en la mandíbula, Boyle retrocedió a la carrera y empezó a inclinarse cuando ya estaba a un par de pasos de la puerta que comunicaba con el despacho de Vivian Ricks.

La joven estaba absorta en su labor cuando, de repente, oyó un tremendo estrépito. Sobresaltada, volvió la cabeza a tiempo de ver un cuerpo humano atravesar el hueco acristalado. El vidrio saltó en mil pedazos y Boyle cayó en el interior de su despacho, aunque, afortunadamente, sin haber perdido el conocimiento.

Sin embargo, quedó tendido en el suelo, gimiendo sordamente, más por el miedo que sentía que por el dolor del golpe. A través del hueco, Vivian, profundamente asombrada, vio al joven que la miraba sonriendo.

—Cuando tenga tiempo, hable con esta pareja de cuervos. Le dirán cosas muy interesantes —se despidió Dowell.

Al salir, cerró de un tremendo portazo. El cristal de la otra puerta saltó también por los aires. McCooper se encogió instintivamente en su asiento.

—No haga caso de lo que diga ese loco, señorita Ricks —exclamó, pasados unos momentos—. Los negocios le marchan mal y nos echa la culpa a nosotros. Sin motivo alguno, por supuesto.

Vivian asintió.

—Llamaré para que vengan a poner cristales nuevos —contestó.

—Sí, hágalo, cuanto antes, por favor.

Vivian ayudó a Boyle a ponerse en pie. McCooper lo llevó a su lavabo privado. —Estúpido— le apostrofó—. Tenías que entrar sin llamar, en el momento menos oportuno...

Boyle se quejaba sordamente, con una toalla mojada sobre el lugar donde había recibido el golpe, sujeta con una mano. La otra estaba en los riñones.

—Es que la noticia... Merecía la pena, jefe... Me sorprendió tanto, que ni siquiera pensé...

—Está bien —cortó McCooper de mal humor—. Suéltalo ya de una maldita vez. ¿Cuál es la noticia?

—Se refiere precisamente a Dowell... ¡Acabo de enterarme que ha heredado quince millones de dólares!

* * *

Salía del bar, tarareando entre dientes una alegre canción, cuando, de repente, notó el contacto de algo duro en un costado.

—Shatto, cuidado. Si haces un gesto sospechoso, te atravieso los dos riñones.

Shatto Iwens *el Guapo*, sintió un terrible escalofrío.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

—Vamos al callejón —ordenó Dowell—. Las manos lejos del cuerpo, ¿estamos? Iwens se sentía muy asustado. El otro tenía un arma, era evidente. También él llevaba una pistola, pero había sido sorprendido en desventaja y no se atrevía a utilizarla.

Obedeciendo al desconocido, entró en el callejón. Dowell lo condujo al lugar más oscuro.

—Las manos en la pared y los pies bien separados —ordenó.

Iwens hizo lo que le decían. Dowell le quitó la pistola y la guardó en la pretina del pantalón.

—Ahora ya puedes volverte, pero no bajes las manos o te romperé los dientes de un balazo.

El hampón estaba terriblemente amedrentado. Iwens había perdido su valor por completo. Giró en redondo y trató de ver si conocía al sujeto que le había desarmado.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Dowell.

Hubo un momento de silencio. Iwens tragó saliva.

Sabía lo que había sucedido, aunque él no había tenido intervención directa. Pero Fuller y Witts habían ido allí después de que él hubiera informado de su negativa de Dowell a pagar la «protección», pensó el joven.

—Oiga, yo no tuve nada que ver con aquello...

—¿No? Entonces, ¿por qué me contaste una bonita historia de locales destrozados por bandas juveniles y atracos de drogadictos?

—Es que era cierto... Nosotros hubiéramos buscado a los culpables, si le hubiesen atacado...

—Pero no me atacó nadie, salvo la gente de vuestra pandilla de

vampiros y chupasangres —dijo el joven—. Y fuisteis vosotros, entre todos, aunque sólo uno diera el golpe, los que asesinasteis a Jessica Bartney.

—Espere, yo no... Siempre he sido opuesto a los métodos violentos...

—No me digas —se burló Dowell—. Por cierto, te llaman el Guapo, ¿no es así?

—La gente... Hay tipos con mucho sentido del humor...

—Y tú eres el principal cliente de las fábricas de espejos.

—Bruscamente, el cañón del revólver que empuñaba Dowell se apoyó en la boca del hampón. —Shatto, dime, ¿sabes lo que pasaría ahora si yo apretase el gatillo?

—No, por Dios..., no lo haga...

—Dime una cosa tan sólo. ¿Quién envió a Witts y Fuller a mi tienda?

—El... Boyle *el Dandy*...

—¿Lo sabía McCooper?

—Supongo que sí...

—Gracias, era todo lo que deseaba saber.

Iwens respiró aliviado. Dowell no había querido sino asustarle, para sacarle algo que, de todas formas, habría sabido muy pronto por otros medios. Ahora se marcharía y...

Repentinamente, sintió un dolor lancinante en la boca. Oyó crujidos de huesos y supo que se le habían roto unos cuantos dientes.

La sangre brotó de sus labios, partidos por el terrible golpe que Dowell le había asestado, aplastándole el tambor del revólver contra la boca. Iwens no pudo mantenerse en pie y se arrodilló, gimiendo y escupiendo sangre y pedazos de piezas dentarias.

—Te llamaban el Guapo, pero creo que, a partir de ahora, te dirán boca partida —dijo Dowell, a la vez que emprendía la marcha hacia la salida del callejón.

En el fondo, se sentía disgustado consigo mismo por haber recurrido a idénticos procedimientos que aquellos matones. Pero no tardó en disculparse.

—A fin de cuentas, ¿qué menos se merecía la pobre Jessica? —murmuró.

CAPÍTULO IV

El abogado terminó la lectura del testamento y paseó la mirada por los presentes.

—¿Alguien desea hacer alguna declaración? —preguntó—. ¿Merece alguna objeción el testamento que acabo de leerles?

Dowell estaba en primera fila, junto con otros parientes del difunto. También estaban los sirvientes, encabezados por el viejo mayordomo.

Los parientes formaban un grupo, constituido por el hijo de un hermano de Victor Roundelar, muerto algunos años atrás. Eran Phil Roundelar, su esposa Ann y sus hijos Debbie y Richard, al que llamaban Corky, familiarmente. Parecían gente acomodada, pero Dowell sospechó que había más fachada que realidad detrás de aquellos rostros, en los que se expresaba la más absoluta decepción.

El primero en hablar fue Phil Roundelar.

—El viejo no se ha portado demasiado bien con nosotros —se lamentó.

—Realmente, no tenía por qué dejarles nada en su testamento —manifestó Hackeman—. Victor Roundelar tuvo una hija, casada con William Dowell, y este matrimonio tuvo un hijo, su nieto, descendiente directo por tanto y con todos los derechos legales al disfrute de la herencia. Ustedes con parientes colaterales, lo que cambia sustancialmente la situación.

—Podríamos impugnar el testamento —dijo Corky.

—No se lo aconsejo. Ningún tribunal aceptaría la impugnación; ni siquiera aceptaría una audiencia preliminar. El señor Roundelar estaba sano de cuerpo y de mente cuando otorgó este testamento, aparte de que, insisto, tenía un descendiente directo, presente en esta ceremonia.

Dowell dirigió una ligera inclinación de cabeza a sus parientes a los que, en realidad, había visto en muy contadas ocasiones. Los Roundelar eran primos de sus difuntos padres, tíos suyos en segundo grado y los hijos del matrimonio, por tanto, eran primos terceros. Realmente, sentía cierta piedad hacia ellos. Casi con toda seguridad, habían pasado años y años esperando la muerte del anciano y cuando este suceso se había producido, el testamento contenía unas mandas absolutamente decepcionantes. Phil y su mujer recibirían diez mil dólares. Ann y Corky no eran siquiera mencionados en el testamento.

—Apenas nos ha dejado para pagar las flores que enviamos a su funeral —dijo la señora Roundelar amargamente.

Debbie se puso en pie. Era una rubia alta, de formas exuberantes, espectacular, con ojos calculadores y sonrisa provocativa.

—Mamá, será mejor que no llores por lo que sabías no ibas a recibir —exclamó—. Siempre te lo dije; existiendo un nieto del viejo, tú no tendrías un centavo. La verdad, me sorprende incluso que aquel cascarrabias os dejase diez mil dólares.

—Diez mil porquerías —gruñó Phil.

Corky se encogió de hombros.

—Debbie tiene razón, papá. Es inútil luchar contra lo que no se puede vencer. —Se volvió hacia el joven—. Felicidades, primo Milo.

—Gracias. Yo también lo siento, pero no puedo hacer más por vosotros —contestó Dowell.

—Me gustaría verte en alguna ocasión —manifestó Debbie.

—Siempre que quieras; ya sabes dónde vivo.

—Te has trasladado a la casa del viejo, supongo.

—Mi abuelo —puntualizó él.

Debbie enrojeció.

—Perdona, no quise ofenderte...

—No te preocupes. Perry, quizá no vaya a cenar —se volvió hacia el mayordomo—. En todo caso, no me espere levantado.

—Bien, señor —contestó Perry.

Dowell estrechó la mano del abogado.

—Gracias por todo, señor Hackeman.

—Tendrá que venir en otro momento —indicó el abogado—. Debo imponerle de algunos detalles de los bienes del difunto y

entregarle cierta documentación que le permitirán entrar en el uso legal de la herencia.

—Mañana mismo, a la hora que usted me indique.

—A las diez. —Hackeman entregó un sobre al joven—. Aquí tiene las autorizaciones para disponer libremente de las cuentas bancarias, con los detalles más esenciales. Lo hago por si necesita dinero, señor Dowell.

—Una excelente precaución —sonrió el joven.

Estrechó la mano de Phil y de su esposa.

—Adiós, tío Phil... Tía Ann...

—Te llamaré por teléfono, Milo —dijo Debbie—. Cuando quieras —se despidió Dowell.

* * *

En el interior de la tienda, que tenía las persianas bajadas, incluso la de la puerta, Dowell contempló melancólicamente el lugar donde había sido tan feliz durante unos pocos meses. El tiempo había pasado con demasiada rapidez, se dijo amargamente. Casi parecía que era ayer cuando conoció a Jessica y la tomó como dependienta. Pese a su comportamiento aniñado, era una mujer activa y diligente, que suplía con su ardor y su trabajo ciertas deficiencias que no habrían sido apreciadas en otra mujer de inteligencia superior.

Y ahora, ella ya no estaba y no podría disfrutar de aquel repentino cambio de fortuna, que iba a suponer una verdadera alteración en sus hábitos y sus costumbres. Ahora no necesitaba trabajar, pero... ¿se dedicaría solamente a gastar el dinero heredado? ¿Se pasaría el resto de su vida sumido en diversiones y placeres?

Por el momento, iba a traspasar el negocio en excelentes condiciones. Ya hacía algún tiempo que le habían formulado una proposición de compra, pero no había querido vender, pensando en el porvenir. Ahora, sin Jessica, seguir con la tienda no tenía sentido alguno.

De pronto, llamaron a la puerta. Aunque había puesto el cartel de CERRADO, esperaba al posible comprador y se dispuso a abrir. Entonces vio que el visitante era una persona muy distinta de la que

aguardaba.

—¡Usted! —dijo, estupefacto.

Vivian Ricks le miró desde el umbral.

—Se me ocurrió que podía estar aquí —declaró—. Llamé a su apartamento y alguien me contestó, diciéndome que ya no vive en él.

—Sí, me he trasladado de casa. ¿En qué puedo servirla, señorita Ricks?

Ella le miró de un modo singular. Dowell lanzó una exclamación.

—Oh, perdone, no la he invitado a entrar... Pase, se lo ruego. Estaba esperando a un posible comprador del negocio...

—Piensa venderlo —dijo ella.

—Sí, ya no quiero seguir más en este lugar.

—Resulta lógico, si se piensa que ha heredado quince millones.

Dowell arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Lo oí comentar al señor McCooper y a Boyle.

—Oh... Esa gente suele estar muy bien informada de las actividades ajenas. Bien, sí, es cierto; mi abuelo era un hombre enormemente rico y murió a los noventa y seis años, la semana pasada. Tuvo una hija, la cual se casó y yo nací de ese matrimonio hace treinta y un años. Pero mis padres murieron relativamente jóvenes, cuando yo no había cumplido aún los veinte años. ¿Desea saber algo más de mí?

—No me cuente nada, si no quiere —sonrió Vivian—. Pero yo sí he venido a saber ciertas cosas. Es decir, si me quiere contar...

Dowell hizo un gesto con la mano.

—Vayamos a la parte trasera. Hay una cocinilla y podremos hacer café —propuso—. Si viene el comprador, ya llamará.

—Gracias, señor Dowell.

—Puede llamarme Milo, En realidad, me llamo Arthur Hopewell, pero desde pequeño me llamaron así y no sabría contestar si usaran el nombre o su diminutivo Artie.

—Le llamaré Milo, en tal caso. Mi nombre es Vivian, recuérdelo.

—No lo olvidaría ni en un millón de años —sonrió él.

Puso la cafetera al fuego y luego, cruzado de brazos, se apoyó en una mesa y miró a la joven.

—Empiece a preguntar —invitó.

—Primero: ¿Es cierto que dos hombres mataron a su dependienta?

—Era algo más. Creo que hubiéramos acabado casándonos —dijo él.

—No es la respuesta que yo esperaba, Milo.

—Sospechamos que fueron ellos. No hay pruebas. Pero no aceptaría apuestas en su contra, ni siquiera mil a uno.

—Es decir, la mataron.

—Sí, se puede afirmar, aunque no probar, por supuesto.

—¿Por qué la mataron?

—Boydle me visitó para proponerme la firma de una póliza de seguros. Yo me negué. Luego vino un tal Shatto Iwens a amenazarme, aunque veladamente. Le envié a paseo.

Finalmente, vinieron los dos matones... y precisamente tuvieron que llegar cuando yo estaba ausente. Uno de ellos golpeó a Jessica, la tiró de espaldas y ella se rompió el cráneo contra el borde de una estantería baja. Eso es todo.

—¿Supone usted que esos dos matones tienen relación con Boydle?

—Estoy absolutamente seguro de que es así. El sargento Ayres, encargado del caso, me lo dijo. Pero ya sabe, nunca hay pruebas...

—Entonces, usted considera culpable a McCooper.

—Tan culpable como los que estuvieron aquí a cobrar una «protección» que yo no había solicitado en absoluto. Ése es el negocio de McCooper y no la Mutual Life Commerce Insurance.

—Siento discrepar. Yo llevo los libros y todo es perfectamente legal, Milo.

Dowell no contestó por el momento. El agua hervía ya y preparó el café. Luego sirvió una taza a la joven.

—Vivian, dígame, ¿cómo llegó usted a esa cueva de ladrones?

—Bien, terminé mi carrera y empecé a buscar un empleo. McCooper pidió por la agencia de colocaciones un contable. Yo me presenté, con mi diploma de Ciencias Económicas, y me aceptó. Al cabo de un año, vio que mi trabajo le satisfacía y me nombró manager general y vicepresidente de la compañía.

—¿Le nombró él?

—Si, claro.

—Perdone, pero yo creía que el nombramiento de altos cargos en una empresa se realizaba después de un consejo de administración.

—Bueno, McCooper me dijo que había reunido al consejo de la compañía...

—Y usted le creyó.

—No tenía motivos para no creerle.

—¿Leyó las actas de la reunión? Es reglamentario, Vivian.

Ella se mordió los labios.

—No —admitió—. McCooper me lo comunicó y no se me ocurrió... Pero eso no significa en modo alguno que haya irregularidades en la compañía.

—Vivian, estoy seguro de que McCooper tiene la compañía de seguros como tapadera. No digo que no haga negocios legales, pero... usted sólo ve los libros «limpios». Por alguna parte debe haber otros libros con una serie de anotaciones, que provocarían una explosión en la ciudad si su contenido se hiciera público.

—Creo que está en un error. Considero al señor McCooper como un hombre íntegro y dedicado por entero a su trabajo —declaró la joven apasionadamente—. Lo cual no excluye ciertas irregularidades cometidas por algunos de sus subordinados.

—¿Boydle va mucho por allí?

—Con cierta frecuencia, aunque no a diario, ni mucho menos.

—Bien, eso no quiere decir nada. McCooper está obligado a llevar una existencia honesta, limpia, un espejo de honradez y laboriosidad. Pero sus hampones le llenan las arcas con pólizas de seguros que nadie firmaría, si no fuese por la violencia que emplean.

—Temo que se deje llevar por el resentimiento, Milo...

—Perdone un momento —exclamó Dowell—. Usted ha dicho antes que se ocupa de los libros de la Mutual.

—Así es, y, precisamente, no hace mucho, pedí una auditoría de cuentas. No hubo el menor reproche, créame. ¿Quiere que le diga el nombre de la firma que ejecutó la auditoría?

—No, no hace falta. Pero, dígame, ¿es muy alto el volumen de los negocios de la Mutual?

Vivian se quedó cortada. Fue a decir algo, pero, en aquel momento, su mirada recayó sobre la puerta posterior de la cocina.

Alguien la abría muy lentamente, sin hacer el menor ruido. Con ojos desorbitados por el pánico, vio aparecer una pistola provista de un larguísimo cañón, de un grosor desusado.

Dowell tenía la cafetera en la mano y se disponía a llenar su taza nuevamente. De pronto vio la cara de la joven y apreció el miedo en su expresión. Giró en redondo. La pistola estaba ya dentro de la habitación.

CAPÍTULO V

Dowell reaccionó de manera fulminante. El café, casi hirviendo, voló por los aires hacia el hueco de la puerta. Al otro lado se oyó un aullido inhumano.

La pistola cayó al suelo. Dowell dejó la cafetera a un lado y se precipitó hacia la puerta. Al abrirla, vio a un hombre que corría, aunque con paso inseguro y las manos en la cara.

Había un coche parado a pocos metros y el sujeto se metió en el interior. El conductor, que seguramente lo esperaba, arrancó a toda velocidad, haciendo chillar las ruedas al tomar el próximo viraje.

Dowell se detuvo. Sabía que era inútil perseguir a los pistoleros. Al cabo de unos instantes, se volvió y cerró la puerta.

La pistola yacía en el suelo. Puso el seguro y la examinó con atención.

—Bien, por esta vez, parece que he podido escapar —dijo.

Vivian tenía una mano en el pecho.

—He pasado un miedo espantoso —manifestó—. Cuando vi que la pistola asomaba por la puerta...

—Ni siquiera gritó —le reprochó él.

—No podía, créame. Perdí el habla... Los nervios, supongo. Pero ¿por qué quieren asesinarle, Milo?

—La entrevista que tuve con su jefe resultó más bien borrascosa. Parece que mis palabras le impresionaron profundamente.

—¿Le amenazó?

—McCooper admitió, implícitamente, estar relacionado con el asesinato de mi dependienta.

Vivian meneó la cabeza.

—Me resulta tan difícil de creer...

—Pues ya es hora de que empiece a abrir los ojos —dijo él

malhumoradamente—. De todas formas, ya tiene años para saber lo que debe hacer, Vivian.

—Sí, es cierto. Gracias por todo y perdone la molestia, Milo.

—No se preocupe. La acompañaré hasta la puerta.

Cuando iba a abrir, Vivian se volvió hacia él.

—¿Denunciará el hecho a la policía? —preguntó.

—¿Para qué? Aunque les entregase la pistola y encontrasen huellas dactilares, el propietario diría que la perdió o Dios sabe qué embuste. No podrían hacerle nada, sobre todo, cuando no he sufrido siquiera un rasguño.

—Siento lo sucedido, Milo. Permítame que le exprese mi simpatía por lo que le pasó a aquella pobre muchacha.

El rostro del joven se crispó.

—Me costará mucho olvidarla —repuso—. Una vez, un amigo, en broma, me dijo que era una rubia tonta. Pero tenía otras cualidades, muy apreciables, se lo aseguro.

Vivian hizo un leve gesto con la cabeza. Abrió la puerta y salió a la calle.

Dowell la vio cruzar la acera con paso largo y elástico, nada hombruno, sin embargo, lleno de elegancia. Se frotó la mandíbula, compadeciendo en el fondo a aquella joven que había creído encontrar un magnífico empleo.

—Un día despertará de su sueño y...

Alguien se le acercó. Dowell procuró componer el gesto para atender al hombre que quería comprarle el negocio.

* * *

El sargento Ayres estaba cenando en un restaurante cercano a la comisaría. Dowell se sentó frente al policía.

—Tengo que pedirle un favor, señor Ayres —manifestó.

—Mi nombre es Paul —contestó el interpelado—. ¿De qué se trata, señor Dowell?

—Necesito un detective privado. Quiero encomendarle unas investigaciones y pienso que usted puede recomendarme a alguien de absoluta confianza.

—Loy Millman —dijo Ayres en el acto—. Vive en la Calle Once, dos mil trescientos cuatro. Bueno, experimentado y fiable.

—Gracias. Ahora voy a hacerle un obsequio.

Dowell puso encima de la mesa una caja de madera, algo mayor que una de cigarrillos. Ayres le miró inquisitivamente.

—No es un soborno —sonrió el joven—. No contiene habanos. Hay una pistola con silenciador.

—¡Demonios! —Respingó el policía.

—Esta tarde intentaron matarme. Espanté al asesino, tirándole a la cara el café caliente.

—De modo que quisieron eliminarle...

—Sí, sargento. El asesino huyó en un coche, que le esperaba. No pude ver más detalles aunque, supongo, el café caliente le habrá quemado un poco la cara y puede que la mano derecha. Además, no llevaba guantes, de modo que encontrará sus huellas, además de las mías.

Ayres hizo un gesto afirmativo.

—Haré lo que pueda aunque, por desgracia, ya puede imaginarse que no es demasiado —contestó.

Dowell sonrió y llamó a la camarera, en cuya mano puso un par de billetes.

—La cena del sargento está pagada —dijo—. Guárdese la vuelta.

—Gracias, príncipe —contestó la camarera alegremente.

—Le ha dado diez dólares por algo que apenas vale la tercera parte.

Dowell sonrió.

—Paul, ¿qué diría usted si, de repente, se encontrase dueño de quince millones de dólares?

—No lo sé. Daría saltos de alegría, me emborracharía... o quizá me daría un soponcio... Pero esas cosas no suceden...

—A mí me ha sucedido. He heredado exactamente la cifra que le acabo de mencionar —dijo Dowell, a la vez que se ponía en pie—. Ustedes no podrán hacer nada, pero yo, aunque tenga que gastarme el último centavo, voy a conseguir que los asesinos de Jessica Bartney paguen el crimen que cometieron.

Ayres se quedó con la boca abierta. Cuando quiso reaccionar, estaba solo en la mesa.

Al cabo de unos momentos, meneó la cabeza.

—Quince millones de dólares... Ese chico ha perdido el juicio —masculló.

—Estás mal de la cabeza, Paul —dijo alguien de pronto.

Ayres miró al hombre que le había dicho aquellas palabras. Era un abogado conocido suyo.

—Hablaba solo, porque un chiflado me acaba de decir que ha heredado nada menos que quince millones de dólares. Es un pobre joven, que perdió a su novia hace pocos días.

Seguramente está un poco trastornado...

—¿Te refieres a Milo Dowell, que acaba de salir del restaurante?

—Sí. ¿Lo conoces?

—De vista. Pero no te ha mentado, Paul. Ahora es quince veces millonario, por muy fantástico que pueda parecerte.

Ayres hizo la señal de la cruz.

—Jesús, ¡qué cosas pasan en estos tiempos! —exclamó pintorescamente—. ¿Tenía un tío rico?

—Su abuelo, aunque, para el caso es lo mismo, ¿no te parece?

El policía hizo un gesto con la mano.

—Siéntate —invitó—. Quiero que me cuentes todo lo que sepas de Dowell y de su fabulosa herencia.

Las investigaciones de Millman dieron sus frutos. Dos días más tarde, Dowell localizó a un individuo cuando se disponía a entrar en su coche. Situándose tras él, dijo:

—Entra y no apartes las manos del volante, si quieres seguir viviendo. Vamos a dar un paseo y hablaremos mientras tanto. ¿Entendido?

Groff Kindler se estremeció terriblemente. Volvió la cabeza un poco y divisó al joven, cuya mano derecha estaba ostensiblemente dentro del bolsillo de la chaqueta.

—Está bien —contestó al cabo—. ¿Hacia dónde vamos?

—No importa, mientras no corras demasiado.

Dowell se sentó al lado de Kindler, quien arrancó en el acto.

—Groff, hace dos días fuiste a un lugar, acompañando a un tipo que llevaba una pistola con silenciador —dijo el joven—. Ese fulano tuvo que salir de estampía, porque alguien le tiró café caliente a la cara.

—¡Fue usted! —Adivinó Kindler.

—Sí, yo mismo. ¿Quién es el matón, Groff?

—¿Me creería si le dijera que no lo sé?

—Groff, voy a darte a elegir entre dos opciones —dijo—. Por

cierto, ¿cuánto te pagaron por la faena?

—Doscientos —rezongó el sujeto—. Una miseria...

—¿Cómo te contrataron?

—Me llamó Pete Boyle, el dueño del

Sadie's.

Dijo que tenía que recoger a un sujeto en determinado lugar y llevarle a... bueno, a su casa, pero por la trasera. Eso es todo lo que puedo decirle, señor Dowell.

—Has dicho Boyle. Hermano del *Dandy*.

—Sí, aunque no gemelo. —Kindler soltó una risita—. Pete mide un metro ochenta y seis y pesa ciento doce kilos.

—Hablaré con Pete. De modo que no conocías al matón.

—No, señor, no le había visto nunca. Pero le juro que yo no sabía que querían liquidarle... Pete me dio a entender que sólo iban a darle una lección. Si lo hubiera sabido, yo no...

Dowell entendió que el sujeto sólo pretendía congraciarse con él. ¿Cómo podía dar crédito a sus disculpas? Pero no tenía ganas de emprender una discusión que no le llevaría a ninguna parte.

—Groff, has hablado y eso te permite seguir viviendo —dijo ominosamente—. Para aquí.

—Sí, señor... Usted habló de dos opciones...

—La otra era dinero. Pero puesto que has «cantado», ya no tengo que darte un centavo.

Dowell se arrepintió de inmediato. Aquel sujeto podía delatarle a Pete Boyle...

—Rectifico —dijo apresuradamente.

El coche se había parado ya. Sacó tres billetes de a cien dólares y los tiró sobre el regazo del hampón.

—Si mencionas esto a Pete, vendré a buscarte y te retorceré como un trapo mojado —amenazó—. Cierra el pico y dormirás tranquilo.

—Sí, sí..., señor.

Dowell se apeó del coche y chasqué los dedos.

—¡Largo!

Kindler arrancó en el acto. Dowell compuso el gesto. Luego consultó su reloj.

Todavía era pronto. Iría al Sadie's

pasadas las diez de la noche y esperaría allí la ocasión propicia para hablar con el hermano del *Dandy*.

* * *

Perry salió a recibirle cuando llegó a casa.

—Le esperan en la biblioteca, señor —informó.

—¿Quién? —preguntó el joven.

—La señorita Debbie. Creo que la conoce, señor.

—No demasiado, Perry. ¿Ha dicho qué quiere de mí?

—No, señor; dijo solamente que esperaría su regreso...

—Está bien, yo la atenderé. A propósito, ponga un cubierto solamente para la cena.

—Bien, señor.

Dowell se encaminó hacia la biblioteca y abrió la puerta.

Había allí una mujer, a la que había visto un par de días antes en casa de su abogado y ella levantó la vista cuando oyó el ruido del picaporte, dirigiéndole una cálida sonrisa en el acto.

—Hola, primo Milo —saludó Debbie Roundelar, a la vez que se ponía en pie.

—Celebro verte por mi casa, prima Debbie —dijo el joven—. ¿Me permites que te invite a una copa?

—Gracias, ya lo ha hecho tu mayordomo.

—Entonces, supongo, no tendrás inconveniente en que me tome un trago.

—Claro, estás en tu casa.

—Sí, es cierto.

Dowell se acercó a la consola de los licores.

—Puedes empezar a hablar, Debbie —invitó, cortés, pero frío.

Ella soltó una risita.

—Bueno, la verdad es que no tengo gran cosa que decirte... Pasaba cerca de aquí... no demasiado, tampoco voy a recurrir a esa excusa tan sobada... Pero me sobraba tiempo y decidí hacerte una visita.

—Muy reconocido, Debbie. ¿Puedo serte útil en algo?

Debbie vaciló. Sobre la consola había un gran espejo, con marco de cornucopia dorado. Dowell lanzó una rápida mirada a su visitante. Debbie se había puesto un vestido color rojo fuego, cuyo

escote le llegaba hasta la cintura, dividiendo el pecho abundante en dos mitades de indudable atractivo. El costado izquierdo estaba abierto casi hasta la cadera.

Era una indumentaria destinada a impresionar a los hombres. Debbie adelantó la pierna izquierda, enfundada en seda negra.

—Has tenido mucha suerte, Milo —dijo, tras una corta pausa.

—¿Suerte? No entiendo...

—El viejo murió y te ha dejado toda su fortuna.

—Era lógico, supongo. Soy hijo de su única hija.

—Siempre echaba pestes de ti. Decía que eras... no te enfades, pero yo se lo escuché en más de una ocasión...

—El abuelo y yo no congeniábamos mucho, ésta es la verdad —admitió Dowell—. Pero es que a mi no me gustaba curvar el espinazo cada vez que abría la boca para hablar. Y no me interesaba lo que pudo decirte de mí; demasiado me lo imagino. Sin embargo, los hechos, a veces, no concuerdan con las palabras.

Dowell tomó un trago y se volvió hacia su hermosa visitante.

—¿Algo más, Debbie?

Ella rió forzadamente.

—Pues... ya te he dicho que era una visita de cumplido... Me gustaría verte con más frecuencia...

—No sé si será posible. A partir de hoy voy a estar muy ocupado. Lo siento, pero es así, querida prima.

—Te vuelves como el viejo, ¿eh? —dijo ella, despechada—. Ególatra, distante, orgulloso...

—Debbie, que yo sepa nuestro trato no se puede decir que haya tenido intimidad ni mucho menos frecuencia. Hasta ahora, yo era un hombre con un negocio, que trabajaba duramente para salir adelante. No se te ocurrió visitarme en mi tienda una sola vez y expresarme tu simpatía, ¿verdad?

La joven enrojeció.

—Yo... No sabía...

—Debbie, si estás en apuros, si necesitas algo, te ayudaré con mucho gusto, pero no confíes en que vaya a aliviar tus problemas constantemente. Tengo mis planes para el futuro y en ellos, lamento tener que decírtelo, no figuras tú para nada.

—No tienes pelos en la lengua, Milo —dijo ella, ocultando a duras penas la furia que sentía.

—No, no los tengo. En eso he salido al abuelo; digo las cosas con toda claridad, sin rodeos. —Dowell apuró la copa y la dejó a un lado—. Debbie, no hace mucho el abuelo me llamó por teléfono y me preguntó quién era la mujer a la que tenía como empleada. La calificó de un modo que no me gustó en absoluto y lo envié a paseo. Tu padre estuvo en la tienda poco antes de esa conversación y estoy seguro de que fue con el «chivatazo» al abuelo, para congraciarse y ver así de eliminar todo posible riesgo de ser olvidado en el testamento. Cuando veas a tu padre, dile que Jessica Bartney no era una golfa, sino una mujer que me quería, activa y diligente, y por la que no hubiera cambiado todos los millones del abuelo. Díselo así y que se imagine ahora mi forma de pensar.

—Pero yo no soy culpable de lo que pudo haber hecho mi padre —se defendió Debbie.

—No —convino él—. Pero ¿por qué no me avisaste a tiempo?

Ella se quedó sin saber qué responder. En aquel momento, Perry apareció en el umbral.

—Señor, la mesa está servida —anunció.

—Gracias, Perry, ahora mismo voy. ¿Quiere acompañar, por favor, a mi prima Debbie?

—Sí, señor.

Debbie agarró de un manotazo la estola de piel y el bolso, y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el joven y le miró de arriba abajo con ojos cargados de desprecio.

—¡Igual, igual que el viejo! —exclamó.

—El genio también se hereda —contestó el joven sonriendo.

CAPÍTULO VI

Entró en el
Sadie's

y, tras un rápido vistazo al local, se encaminó a la barra. Las camareras iban con el pecho desnudo y la que le atendió le dirigió una cortés sonrisa.

—¿Señor?

—Un doble de lo bueno —pidió Dowell—. Es una lástima que no lleve el pecho tapado —añadió.

Ella alzó las cejas.

—¿No le gustan mis... mi físico? —preguntó.

—Todo lo contrario; son preciosos. Pero si los lleva al descubierto, no puede ocultar otra cosa.

—¿Qué cosa, señor?

Dowell le enseñó un billete de veinte dólares. La camarera le miró intrigada.

—¿Busca algo en particular? Le advierto que yo no... Aunque tenga que enseñar el pecho, no soy una profesional...

—No le exijo ningún servicio amoroso, Maggie...

—Me llamo Ruth, señor.

—Bien, Ruth. Quiero ver a Pete, pero no me gustaría ser anunciado previamente. Lo entiende, ¿no?

Ruth sonrió.

—Llevo falda, aunque sea corta, y *panties*. La goma de los *panties* suple perfectamente al sostén para guardar el billete.

—Estupendo. Y ahora, ¿quiere indicarme el camino?

—Salga por la puerta que hay al final de la barra, siga por el corredor y luego tome a la derecha. No vaya por el lado contrario, porque irá a parar al almacén de bebidas y pertrechos.

—Sí. ¿Algo más?

—La puerta no tiene nada de particular. Al otro lado hay una antesala, donde está siempre un tipo de centinela. El pie del vigilante está constantemente junto a un timbre que avisa a Pete de cualquier visita. Pete tiene televisión de circuito cerrado. La cámara se puede orientar desde su despacho y, de este modo, ver cualquier rincón de la otra habitación. El vigilante está armado con una pistola y tiene a mano una escopeta de cañones recortados.

Dowell respiró. Vino un cliente y la camarera se marchó para atenderle. Dowell decidió aguardar, a fin de conseguir más detalles de la fortaleza.

Bebió pensativamente, mientras se esforzaba por idear un plan que le permitiese llegar al despacho de Boyle sin ser advertido. De pronto, vio un rostro conocido.

Debbie sonreía, mientras su acompañante, con exquisita cortesía, le ofrecía una silla. El asombro del joven subió de punto al reconocer a aquel cortés personaje. «¿Qué hace McCooper aquí con mi prima?», se preguntó.

En aquel instante, llegó una joven, discretamente ataviada. Llevaba lentes de color y tenía el pelo negro, pero habla en sus facciones algo que le resultó conocido. Sin embargo, no se sintió capaz de identificarla. Debía de ser ilusión suya, se dijo.

La morena de los lentes de color ocupó una mesa no lejos de la de McCooper y pidió algo de beber. Dowell desvió su atención de ella, porque Ruth volvía de nuevo.

—Es una buena hora para ir a verle —dijo la camarera.

—Gracias, pero me gustaría saber una cosa. ¿Por qué tantas precauciones?

—Parece ser que Pete tuvo problemas con un tipo al que quería cobrar no sé qué cantidad. El hombre se resistió y los matones de Pete le dieron una fenomenal paliza.

Según dicen, la víctima tiene buenas amistades.

—¿Qué clase de amistades?

Ruth vaciló. Luego, bajando la voz, contestó:

—Creo..., no estoy segura... He oído algo de mafia...

—Entiendo. —Dowell sacó otro billete y lo dejó discretamente sobre el mostrador—. Guárdese la vuelta, Ruth.

—Suerte, señor... Aún no sé su nombre...

Dowell sonrió.

—Mejor será que siga ignorándolo —se despidió.

Cuando llegaba a la puerta señalada, recordó algo súbitamente y giró en redondo, con la vista fija en la morena de los lentes de color. Una exclamación de cólera estuvo a punto de brotar de sus labios.

—¿Qué demonios hace aquí Vivian Ricks? —masculló entre dientes. Pero luego se dijo que era asunto de ella y siguió adelante.

* * *

Con gran lentitud hizo girar el pomo de la puerta y empujó una rendija de apenas un centímetro. El vigilante estaba sentado sobre un cómodo butacón, con una revista ilustrada en las manos. Dowell se dio cuenta de que no podría alcanzarlo antes de que el pie del sujeto presionara el botón de alarma.

Sonrió de repente. Ya tenía la solución.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un impresionante rollo de billetes, de los que separó una docena. Luego, alargando la mano a través del hueco, ligeramente ensanchado, dejó caer los billetes desde gran altura, a la vez que tocaba en la puerta ligeramente con los nudillos.

El vigilante separó la vista de las páginas impresas. Sus ojos se desorbitaron al ver aquella inesperada lluvia de dinero. El asombro le hizo olvidarse de la alarma.

Inmediatamente, se puso en pie. Dowell lanzó otro puñado de billetes al aire. El hampón cruzó la estancia y llegó a la puerta, que abrió de golpe. En el mismo instante, un puño alcanzó su mentón con efectos devastadores.

El hombre se derrumbó como una masa inerte. Dowell entró, cerró y se aplicó a recuperar el dinero. Luego registró al inmóvil centinela, le quitó la pistola y, por último, descargó la escopeta, que tenía los cañones muy cortos y, prácticamente, carecía de culata. Pero se la quedó, porque pensaba utilizarla como medio de intimidación.

Acto seguido se acercó a la otra puerta y la abrió de golpe.

—Hola, Pete —saludó.

Boydle estaba sentado tras su escritorio y respingó al ver entrar

a un desconocido, sin que su presencia hubiera sido advertida.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Milo Dowell.

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Boyle, pequeños, malignos, emitieron un vivo chispazo.

Después, su mano derecha empezó a moverse en sentido lateral. Entonces Dowell sacó a relucir la escopeta, oculta hasta aquel momento tras la espalda.

—Toque su revólver y le desharé la cara —amenazó.

Boyle se puso lívido.

—Baje ese chisme, es muy peligroso —rezongó.

—Lo sé. Pero si hago lo que me pide, usted no querrá hablar.

—¿De qué tengo que hablar con usted, Dowell?

—De Jessica Bartney.

El silencio se hizo intenso, agobiador. Boyle apenas si respiraba.

—Escuche —dijo, pasados unos segundos—, yo siento enormemente lo de esa pobre chica, pero no tuve nada que ver con el asunto...

—¿No? —cortó el joven irónicamente—. Entonces, ¿por qué envió un pistolero a liquidarme?

Boyle se agitó en su sillón, evidentemente incómodo.

—No sé de qué me está hablando —rezongó.

Dowell alargó el brazo prolongado en la escopeta.

—La habitación es a prueba de ruidos —dijo solamente.

—Espere, diablos... Me lo pidieron...

—¿Su hermanito?

Sonó una maldición.

—Yo no tengo nada que ver con sus asuntos. El tiene su negocio y yo el mío —contestó Boyle de mal talante.

—Pero el parentesco impone su ley y se ayudan recíprocamente cuando es necesario, ¿verdad?

—Si estuviese en mi lugar, ¿no lo haría usted? —replicó el otro cínicamente.

—Es posible, pero, por fortuna, yo no me llamo Boyle. Pete, dígame quién es el tipo al que escaldé con café hirviendo.

Los labios del sujeto se contrajeron. Dowell hizo un gesto de enojo.

—Me está haciendo perder la paciencia y voy a acabar apretando los dos gatillos —dijo—. Su vigilante está ahí, dormido, y no se enterará de nada, hasta que despierte.

Hable, Pete.

—Se llama Rudy Claidon, es todo lo que sé.

—¿Dónde vive?

—Lo ignoro.

—Vamos, Pete, no me tome por tonto... ¿Cree que aún estoy en la edad de chuparme el dedo?

—Se lo juro...

—Pero usted tuvo que ponerse en contacto con él de alguna manera.

—Por teléfono, es todo lo que puedo decirle.

—Escriba el número en un papel y démelo. Ah, y tenga en cuenta una cosa: si me ha engañado, le buscaré y le haré trizas.

De mal talante, Boyle hizo lo que le pedían. Sin dejar de apuntarle con la escopeta, Dowell recogió el papel, echó un vistazo a las cifras escritas y luego lo guardó en el bolsillo superior de su chaqueta.

—Está bien —dijo—. Pete, voy a darle un consejo: Olvídese de mí, olvide mi existencia... y vivirá muchos años. ¿Entiendo?

Dowell inició la retirada, caminando hacia atrás, sin dejar de apuntar al sujeto con el arma. De repente, presintió la inminencia de un peligro.

Alguien respiraba fuertemente a sus espaldas. Quiso volverse, pero algo le golpeó en el cráneo con fuerza y notó que perdía las fuerzas rápidamente.

La escopeta cayó al suelo. Dobló las rodillas y trató de apoyar las manos en la alfombra, pero la pérdida de conocimiento sobrevino bruscamente.

Boyle salió de detrás de su mesa y corrió hacia el caído, al que asestó un puntapié en el costado.

—Maldito entrometido... —farfulló. Luego se encaró con el otro —: Juppy, ¿qué diablos hacías ahí afuera? ¿Por qué no me avisaste a tiempo?

—Lo siento, jefe... El tipo me sorprendió...

—¿Sin darte tiempo a pisar la alarma?

Juppy Egan se puso colorado. No podía decir que le habían

engañado con el cebo de unos billetes de banco. Decidió buscar otra excusa.

—Quizá el timbre no funcionaba correctamente... Habría que revisarlo, jefe...

—Está bien, no discutamos ahora. Busca a Red. Luego, entre los dos, os lleváis a este tipo a cualquier lugar donde no os vea nadie y le pegáis cuatro tiros. ¿Me has oído?

—Sí, señor... Ahora mismo...

Egan salió disparado y regresó a los pocos minutos acompañado de un sujeto de apariencia poco agradable. Luego, entre los dos, se encaminaron hacia una puertecita lateral, que daba a la mal alumbrada explanada de estacionamiento. Mientras, Boyle volvía a su despacho y levantaba el teléfono. Su hermano debía estar enterado de lo que había pasado.

El aire fresco de la noche despejó en parte el cerebro del joven. Vagamente se dio cuenta de que era transportado en brazos por dos sujetos. Pero, al mismo tiempo, notó que no podía ofrecer la menor resistencia.

Se preguntó qué iban a hacer con él. La respuesta que se dio a sí mismo no podía ser más desalentadora.

Rudy Claidon no había conseguido su objetivo, pero ahora estaba en manos de dos secuaces de Boyle, que le darían un largo «paseo». Se insultó a sí mismo, por haberse portado tan estúpidamente. Había descuidado su retaguardia y ahora había que apechugar con las consecuencias.

Sus portadores le llevaron a las inmediaciones de un coche, situado en la zona más oscura. De repente, cuando ya estaban junto al automóvil, sonó una voz suave, sin estridencias:

—Eh, chicos...

Egan y el otro se volvieron. Una pistola chasqueó en la noche.

Egan lanzó un chillido al recibir el primer balazo. Un segundo disparo le alcanzó de lleno en la frente, derribándolo fulminado al suelo.

El otro soltó los pies del joven y dio media vuelta, intentando escapar. El pistolero, fríamente, sin mostrar la menor emoción, disparó cuatro veces más.

Un cuerpo humano cayó de bruces al suelo. Dowell estaba tendido sobre el frío pavimento y esperó el siguiente disparo, que

era para él, calculó. Pero no ocurrió nada de lo que temía.

Tranquilamente, sin ninguna prisa, el pistolero guardó el arma, dio media vuelta y se marchó.

Dowell quedó unos momentos tendido sobre el frío pavimento. En torno a él reinaba un silencio absoluto.

Tumbado como estaba, miró a derecha e izquierda. Los dos hampones permanecían inmóviles. Calculó que habían muerto, aunque no se imaginaba quién lo había hecho. En todo caso, le había salvado la vida.

De repente, oyó ruido de tacones. Instintivamente, se encogió sobre sí mismo. El asesino regresaba para rematar su obra, incompleta al dejarle vivo.

Una oscura silueta se inclinó sobre él. Dowell se dispuso a defenderse con uñas y dientes. Pero no tuvo necesidad de hacer el menor gesto ofensivo.

Una voz conocida sonó en tonos bajos, apremiante:

—Levántese, rápido... Vamos, Milo, tenemos que salir de aquí cuanto antes. Vamos, vamos, haga un esfuerzo...

Dowell se preguntó si no estaría soñando.

—Vivian —exclamó.

—Sí, la misma. Pero las preguntas, después. Ahora tenemos que marcharnos, Milo.

¡Aprisa, aprisa, antes de que se den cuenta de lo que ha sucedido!

CAPÍTULO VII

Derrumbado sobre el diván, Dowell aguardó a que Vivian le sirviera una taza de café, a la que había puesto además unas gotas de licor. Ella se había quitado la peluca negra y los lentes de color, y ahora vestía una bata corta, de mangas flotantes, que dejaba ver unas piernas muy largas, de perfectos contornos.

El pelo bronceado estaba suelto sobre los hombros. Dowell observó que la joven tampoco llevaba los lentes de cristales claros. Así resultaba mucho más atractiva, se dijo.

Vivian sonrió después de darle la taza con el plato.

—¿Cómo se siente? —preguntó.

—Como un resucitado —respondió él—. Francamente, creí que esta noche iba a ser la última de mi existencia.

—Parece que lo pasó mal, en efecto. ¿Qué le sucedió, Milo?

—Tuve una discusión con el dueño del Sadie's y perdí.

—¿Puedo conocer el tema de la discusión?

—Claro. Quería saber el nombre del pistolero al que espanté con el café hirviendo. Me lo dijo, me dio también su número de teléfono... Después un tipo me atacó por retaguardia, trajeron refuerzos y me sacaron fuera... y luego, alguien, a quien no conozco, la emprendió a tiros con los que me llevaban seguramente a dar el último paseo de mi vida. Eso es todo lo que puedo decirle, Vivian.

—Parece que sigue empeñado en castigar a los culpables de la muerte de su prometida —dijo ella.

—¿Lo encuentra mal?

—¿Podrá conseguirlo?

—¿Debo desistir, sólo porque sea una empresa costosa y nada fácil?

Vivian se sentó frente al joven e, inclinándose hacia adelante, puso la barbilla sobre las manos.

—Milo, hay leyes y hombres encargados de hacerlas cumplir —dijo.

—A Jessica no le sirvió de nada —contestó él, ceñudo.

—¿Piensa adoptar el papel del justiciero solitario?

—No es malo, me parece.

—Al hacerlo así, se pone a la altura de los mismos a quienes trata de combatir.

Dowell se enfureció.

—¡No me venga con sermones! Mataron a Jessica y era una mujer maravillosa en todos los sentidos, incluso con sus defectos. ¿He de permanecer mano sobre mano, mirando cómo sus asesinos continúan explotando a la gente y cometiendo otros crímenes, sin que nadie les pare los pies? —¿Cree que conseguirá sus propósitos?

—No lo sé. Al menos, lo intentaré; y si no lo consigo, siempre tendré el consuelo de saber que he tratado de castigar a los asesinos de Jessica. Pero no podría vivir tranquilo, sabiendo que no he levantado un solo dedo para vengarla.

—¿Venganza o justicia, Milo?

—Llámelo como quiera. Si pagan ese crimen, ¿qué más da la palabra con que se califique su derrota?

—Milo, no es bueno dejarse llevar por la ira —dijo Vivian sentenciosamente—. Es usted un hombre admirable por muchos conceptos, pero su mismo ímpetu puede llevarle a la catástrofe.

—Entonces, ¿qué me aconseja usted?

—Paciencia y reflexión. Meditar bien antes de dar un solo paso en ningún sentido.

Dowell miró a la joven de reojo.

—Cualquiera diría que se pone de mi parte —observó.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Estoy de parte de la verdad —contestó.

—La verdad puede tener muchos aspectos. Todo depende del observador y de la posición que ocupa en determinado momento.

—Sí, lo sé. Pero, al final, sólo hay una verdad, la auténtica, la que no puede ocultarse ni disimularse con nada.

—De acuerdo, pero ahora dejemos este tema. ¿Qué hacía usted en el Sadie's, con peluca negra y lentes de color?

Vivian sonrió.

—Me reconoció, ¿verdad?

—Debo admitir que me costó un poco —repuso él.

—Bien, usted fue a ver a McCooper y la entrevista resultó borrascosa. Eso me hizo pensar bastante. No me gustaría verme metida en un conflicto nada agradable.

—Entonces, piensa también que McCooper es un granuja.

—No sé qué decirle —suspiró la joven—. Se me ocurrió seguirle, para observar algunas acciones de su existencia fuera de su oficina, y así hacerme una idea de la clase de persona que es cuando no está trabajando. Pero, claro, no me gustaba que pudiera reconocerme y por eso me disfracé.

—Comprendo. ¿Ha averiguado algo en particular?

—De momento, nada, excepto que lo vi muy bien acompañado, con una rubia de película de gánsters.

Dowell se echó a reír.

—Tiene gracia —exclamó—. Es la primera vez que oigo calificar a mi prima de semejante manera.

—¡Cómo! —se asombró Vivian—. ¿Esa joven es prima suya?

—El abuelo tenía un hermano, que se casó y tuvo un hijo, prima, por tanto, de mis padres. Ese hijo se casó a su vez y tuvo dos hijos, Debbie, la rubia, y Richard, un varón, algo mayor que ella. Por tanto, somos parientes en tercer grado.

—Comprendo. Sin embargo, me extraña que su prima se relacione con McCooper...

—Es un hombre de negocios y a ella le gusta el dinero.

Dowell hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Tengo que marcharme —manifestó—. Vivian, gracias por haberme traído a su casa.

Corrió un grave riesgo para ayudarme y eso no lo olvidaré jamás.

—La verdad es que ya me marchaba, cuando vi el tiroteo.

—Me acerqué para ver si había alguien con vida y no se puede imaginar la sorpresa que me llevé al reconocerle —confesó la joven.

—De todos modos, me ha ayudado y debo agradecerse. Otra cosa: parece que ahora sospecha de McCooper.

Vivian hizo un gesto de duda.

—No puedo contestarle en un sentido o en otro —dijo—. Todos los asuntos que pasan por mis manos son perfectamente legales...

—Los libros que usted lleva son correctos. Pero, en alguna parte, hay otros libros muy comprometedores, donde figuran asientos y cuentas que no se pueden hacer públicos. Si algún día puede echarles un vistazo, comprobará que le he dicho la verdad.

—Lo tendré presente —repuso ella—. Ah, un consejo, por favor.

—Sí, desde luego.

—Las circunstancias le han hecho poseedor de una inmensa fortuna. No dilapide su dinero en una venganza inútil. Use su fortuna para algo más positivo que destruir a unos criminales.

—¿Hay algo mejor todavía? —preguntó Dowell.

Vivian sonrió enigmáticamente.

—Descúbralo usted mismo —contestó, a la vez que abría la puerta del apartamento.

* * *

El sargento Ayres miró ligeramente sorprendido al hombre que se sentaba frente a él en la mesa del restaurante al que solía acudir para almorzar. Después, sonrió.

—No esperaba verle, señor Dowell —dijo.

—Llámeme Milo, Paul —pidió el joven—. ¿Consideraría un soborno invitarle a almorzar?

—Si fuese en el

Maxim's

de París, tal vez —rió el policía—. Pero, aquí... Bien, dígame, ¿qué es lo que anda buscando?

—A usted.

—Ya me tiene delante. Empiece, Milo.

El joven había llevado consigo un periódico, que desplegó ante su interlocutor.

—¿Los conocía? —preguntó.

Ayres hizo un gesto de aquiescencia.

—Esos tipos acaban siempre así —respondió.

—Trabajaban para Boyle.

—Lo sé.

—¿Quién disparó contra ellos?

El policía calló un instante.

—Sólo lo sospechamos. No tenemos pruebas —dijo al cabo.

—Más que el pistolero, me interesa la mano que puso el dinero en sus bolsillos —manifestó Dowell.

—Pete, Boyle está en dificultades. Tiene un competidor, Grant Pierce. Aunque yo diría más bien que es competidor de su hermano, el *Dandy*. Pero, en fin, Pete y Dirk se ayudan recíprocamente y...

—Ese Pierce, ¿es acaso el jefe de otra banda de extorsionistas?

—No hay pruebas —contestó Ayres significativamente.

—Comprendo. En tal caso, debo suponer que la acción del pistolero fue una especie de «lección» que Pierce quería dar a su rival.

—Así podría calificarse, en efecto. Pero ¿qué diablos le interesa...?

—Estuve charlando con Pete Boyle poco antes del tiroteo. Los dos muertos me llevaban de «paseo» cuando les atacó el hombre de Pierce. Por eso deseo conocer al pistolero, para darle las gracias por haberme salvado la vida.

—No puedo creerle, Milo.

Dowell se encogió de hombros.

—Me es igual —repuso—. ¿De quién sospecha usted? Me refiero al tipo que se cargó a Egan y su compinche.

—Tellie Bogs. Pero sospechar no es lo mismo que afirmar...

—Gracias, Paul, conozco el resto —atajó el joven. Sacó un papel y lo puso en manos del policía—. Tome, un número de teléfono; así podrá averiguar dónde vive el tipo que resultó escaldado por una jarra de café caliente.

Dowell alzó una mano. Vino la camarera y le entregó un par de billetes.

—Guárdese la vuelta —dijo.

—Gracias, príncipe —contestó la sirvienta.

Ayres apuntó al joven con el índice.

—Cuidado, Milo; no se pase de la raya —avisó amistosamente.

—Gracias por el consejo, Paul.

—Y no se arrime a Bogs para nada. ¡Muerde!

—Le pondré un bozal —rió Dowell como despedida.

Abandonó el restaurante. Cuando iba a entrar en el coche, se le acercó un hombre.

—¿Señor Dowell? El joven se volvió.

—Sí —dijo.

—Tengo un encargo para usted. El señor Pierce desea verle inmediatamente.

Dowell miró al sujeto fríamente, de arriba abajo, procurando componer una expresión de inmensa superioridad. Al cabo de unos segundos, contestó:

—Vaya y dígame al señor Pierce que mi tiempo es demasiado precioso y que tengo todos los minutos del día comprometidos hasta pasado mañana a las cinco y media de la tarde, en que tendré mucho gusto en recibirle en mi residencia de Old Windmills Road, número tres mil setecientos veintisiete. Eso es todo, caballero.

El sujeto abrió la boca para decir algo, como protesta, pero Dowell sonrió. Ayres salía en aquel momento del restaurante y el joven movió la cabeza en dirección al policía.

—¿Alguna objeción, insecto? —preguntó insultantemente.

El hampón dio media vuelta y se marchó más que aprisa.

Dowell volvió a sonreír y entró en el coche.

Ayres le miraba desde la acera, con ojos de reproche. Dowell agitó la mano al pasar por su lado.

Aquella tarde encontró a Groff Kindler, en una taberna a la cual solía acudir el sujeto. Millman, el detective, se lo había indicado, pero no quiso encomendarle más pesquisas por el momento.

Kindler se sobresaltó al verle. Dowell procuró tranquilizarle.

—Vengo en son de paz. Y busco información —dijo, a la vez que enseñaba tres billetes de cien dólares.

Kindler le miró inquisitivamente.

—Hable —invitó.

—Tellie Bogs.

El hampón se santiguó precipitadamente.

—¡Madre de Dios! —clamó—. ¿Tiene ganas de suicidarse?

Dowell se echó a reír.

—Me gusta vivir —repuso—. ¿No es bastante lo que te doy?

—Sí, pero le he tomado simpatía y...

—Dejemos los sentimientos a un lado. Si Bogs acaba conmigo,

envíame una corona de flores al cementerio. Pero no tendrás ocasión de hacer semejante gasto. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Kindler se lo dijo. El joven asintió.

—Gracias —se despidió.

Una hora más tarde, se situó a cierta distancia de una casa y aguardó detrás del volante de su coche. Se había armado de paciencia y se dijo que permanecería allí hasta que viera salir al pistolero.

Eran casi las once de la noche, cuando vio salir a un hombre de regular estatura, muy rubio y vestido con gran atildamiento. En la puerta de la calle, Bogs lanzó una mirada circular, como si explorase el terreno antes de continuar su camino. Al cabo de unos segundos, con gran afectación, se limpió de la solapa del traje una supuesta mota de polvo. Al fin, dio un paso hacia adelante.

No pudo dar el segundo. Había una furgoneta comercial parada a poca distancia y un hombre saltó al suelo, armado con un extraño instrumento.

Bogs fue muy rápido e incluso consiguió sacar su pistola, pero la escopeta del otro vomitó un tremendo estampido, a la vez que emitía un vivísimo fogonazo. El pistolero, alcanzado de lleno, voló literalmente hacia atrás, estrellándose contra la pared del edificio.

Desde su observatorio, Dowell pudo ver la enorme mancha de sangre que había aparecido súbitamente en el pecho del pistolero. Increíblemente, Bogs estaba todavía vivo y hacía débiles esfuerzos por disparar su pistola.

El otro, con enorme tranquilidad, descargó el arma, metió otros dos cartuchos en las recámaras y disparó de nuevo, ahora al rostro de Bogs. En la pared apareció de pronto una espantosa mancha de color rojo. Los movimientos de Bogs cesaron para siempre.

Segundos después, la furgoneta desaparecía de aquel lugar a toda velocidad. Dowell, prudente, juzgó oportuno hacer lo mismo.

CAPÍTULO VIII

Dos días más tarde, Perry, el mayordomo, le anunció una visita totalmente inesperada. Dowell consultó su reloj y vio que faltaban muy pocos minutos para la llegada de Pierce.

Pese a todo, decidió recibir a Vivian. La joven se quedó estupefacta al ver el lujoso interior de la residencia.

—No me había imaginado una cosa semejante ni en sueños —declaró, tras las primeras frases de cortesía.

—El abuelo fue un hombre luchador y supo ganar dinero, para que el nieto lo disfrutase —sonrió Dowell—. ¿Me permite ofrecerle algo de beber? ¿Tiene alguna preferencia?

—Un poco de jerez, por favor.

—No faltaría más.

Estaban sentados en el gran salón, cuyas paredes se hallaban cubiertas por maderas nobles. Vivian apreció un par de cuadros de verdadero mérito.

—¿Auténticos? —preguntó.

—El abuelo no compraba nada que no fuese legítimo, aunque, en este caso, sospecho que lo hizo más bien por decorar el salón que por apreciar realmente el arte —contestó Dowell—. Pero, claro, quería que la decoración estuviese en consonancia con su posición económica y no iba a colgar simples copias de las paredes.

—Comprendo.

Hubo una pausa de silencio. Dowell apreció que la joven se sentía incómoda por alguna razón que no alcanzaba a comprender.

—A usted le pasa algo —dijo—. ¿Por qué no me lo cuenta?

Vivian se removió inquieta en su asiento.

—La verdad... No sé cómo empezar... Casi me siento una traidora...

—¿Traidora? ¿A quién y por qué?

—Verá, ahora tengo un excelente empleo, un sueldo magnífico... A veces me pregunto por qué tuve que conocerle a usted. ¿No se le ha ocurrido pensar que nuestro conocimiento ha llenado mi ánimo de dudas?

—Cuando yo fui a la dirección de la Mutual, no imaginé siquiera encontrármela allí. Tampoco tenía la menor noción de su existencia, pero sí sabía que allí se encontraba el culpable de la muerte de Jessica Bartney. Desde este momento, rechazo cualquier reproche...

—No, no es eso —dijo ella vivamente—. No quiero hacerle ningún reproche; solamente deseo hacerle ver mi estado de ánimo.

—La veo muy conturbada. ¿Por qué no habla de una vez?

—Está bien. Usted habló de unos libros, los que yo llevo, perfectamente legales, y de otros, en los que figuran asientos y anotaciones que causarían verdadero escándalo si se hicieran públicos.

—Así es. Esos libros están en alguna parte, aunque no puedo imaginarme dónde.

—Yo, sí. Es decir, creo saber dónde están.

Dowell se irguió en su asiento.

—Dígamelo, Vivian —pidió—. Dígamelo y la recompensaré...

—El señor McCooper se ha portado siempre magníficamente conmigo —se lamentó la joven.

—El señor McCooper es un ladrón y un asesino sin conciencia. Seguramente, adora a su madre y a su esposa y sus hijos, si los tiene, pero eso no le impide ordenar a sus esbirros que apaleen a todo el que no quiera pagar su «protección» y que cometan asesinatos, y ello sin sentir el menor remordimiento de conciencia. Si usted tuviera un negocio y él le ofreciera su «protección», y usted se negará a pagar...

Bien, no quiero continuar, porque usted es lo suficientemente lista para imaginarse el resto.

—Si, me lo figuro de sobras —admitió Vivian.

—En tal caso, tiene dos posibilidades: una, seguir siendo fiel a su jefe. No, no me dé explicaciones, si decide tomar esa decisión. La lealtad es un sentimiento muy noble, pero también muy escaso en la época actual.

—¿Cuál es la otra posibilidad?

—Decirme dónde están esos libros privados. Si cree que va a correr algún riesgo, le daré una buena recompensa y podrá irse de la ciudad muy lejos, sin que McCooper pueda localizarla jamás.

—No lo hago por dinero —contestó ella orgullosamente.

—Vivian, voy a darle un consejo. En estos momentos, no sabe aún qué partido tomar. Váyase a su casa y tómese un día o dos de reflexión, lo que quiera. Luego me comunica su decisión y, créame, no la haré ningún reproche, sea lo que decida finalmente.

¿Entendido?

—He tomado ya la decisión —respondió Vivian—. Le diré lo que sé...

El timbre de la puerta se oyó en aquel momento. Dowell consultó su reloj.

—Perdone, pero espero una visita y no quiero hacerle esperar —se disculpó el joven—. Pero quizá le convenga escuchar lo que hablamos. Sin embargo, le ruego no delate su presencia; me resultaría embarazoso tener que dar explicaciones y a usted podría crearle problemas más tarde. Por favor...

Instantes después, Vivian quedaba encerrada en una salita contigua, junto a la puerta, entornada de modo que no pudiera ser vista, pero en condiciones de escuchar lo que iba a hablar Dowell con su visitante. Se preguntó quién podría ser éste. No tardaría en saberlo, pensó.

* * *

La puerta de la mansión se abrió y Perry contempló especulativamente a los tres hombres que estaban en el umbral, bajo la marquesina que protegía la entrada.

—Soy Pierce —dijo uno de ellos—. Estoy citado con el señor Dowell.

—Ah, señor Pierce... Permítame, soy Perry, el mayordomo del señor Dowell. El señor Dowell le espera a usted, por supuesto, pero me ha dado ciertas instrucciones... Le ruego me excuse, no tengo otro remedio que obedecer al señor...

Pierce estaba con la boca abierta. Había llegado a pensar que Dowell vivía en una casa elegante, pero ni en sueños se había imaginado una mansión semejante ni mucho menos ser recibido por

un mayordomo que parecía un personaje de película.

—El señor Dowell —continuó Perry— me ha encargado le permita la entrada a usted solamente y sin la... disculpe la frase, pero el señor Dowell me encargó la repitiera exactamente. «Sin la artillería», señor Pierce.

El visitante hizo un esfuerzo por dominar su cólera. Claramente se dio cuenta de que no iba a ser recibido por un cualquiera. Organizar un escándalo en aquella mansión podía atraer sobre él la atención de la policía. Los policías, se dijo eran particularmente sensibles cuando algún personaje era molestado y ni siquiera su posición en el hampa le libraría de sufrir ciertas incomodidades que deseaba evitar a toda costa.

—Está bien —cedió finalmente. Sacó una pistola de la funda sobaquera y la entregó a uno de sus acólitos—. Esperadme fuera, en el coche —ordenó.

Los esbirros se marcharon sin pronunciar una sola palabra, no menos aturdidos que su jefe. Perry se echó a un lado y movió el brazo izquierdo.

—Por aquí, señor, tenga la bondad.

Pierce, sin salir todavía de su desconcierto, siguió al anciano mayordomo. Estupefacto, atravesó un inmenso vestíbulo, decorado como no había sido capaz de imaginarse. Luego vio a Perry que se detenía ante una puerta de roble tallado y tocaba en ella con los nudillos.

—Señor, el señor Pierce.

—Ah, Perry —exclamó Dowell con aire displicente—. Hágame pasar, por favor.

Pierce dio unos pasos en el interior del lujoso salón. Unos leños ardían en la chimenea. En pie, junto a una mesita con servicio de café, estaba el dueño de la casa, ataviado con una chaqueta de terciopelo color vino y pañuelo blanco de seda al cuello. Con la mano izquierda sostenía una larga boquilla de marfil, en la que se veía humear un cigarrillo.

—Siéntese, señor Pierce —invitó el joven con la mejor de sus sonrisas—. ¿Le gusta mi casa? No está mal, ¿verdad?

Pierce seguía sin salir de su asombro.

—¿De veras es suya? —preguntó—. ¿No se la habrá presentado algún amigo?

—¿Quiere que le enseñe los documentos de propiedad? Me temo que es usted un poco receloso, amigo mío. Pero, de todas formas, si prefiere pensar que me han prestado la casa, a su gusto, no se lo discutiré. ¿Un poco de café?

—Sí, gracias —rezongó Pierce.

—Siéntele, siéntese, hombre, no le voy a cobrar por el desgaste del tapizado del sillón. Tome la taza, el mejor café, en taza de plata auténtica. ¿Sabía usted que este juego de café se elaboró con la primera plata que salió de la famosa mina Mother Lode, de Virginia City? El valor histórico es muy superior al artístico y no digamos el meramente económico... ¿Un terrón de azúcar? ¿Dos?

Pierce emitió un bufido.

—Señor Dowell, no he venido aquí para admirar sus riquezas, suponiendo que, efectivamente, sean tuyas —dijo de mal talante—. Si cree que eso me impresiona, se equivoca...

—¿No, no le he causado impresión? ¿Sigue pensando que todo esto es un *bluff*? Bien, como guste. Dígame, por favor, ¿qué desea de mí?

—El otro día, uno de mis hombres le hizo un favor. Le llevaban... a dar un «paseo».

—Ah, creo que se llamaba Bogs... Al morir pesaba cuatro onzas más, me parece.

Aumentaron su peso con plomo, ¿verdad?

Los dientes de Pierce chirriaron de rabia.

—Fueron los matones de mi rival —rezongó.

—¿Su rival? ¿Quién es?

—McCooper, el mismo que ordenó matar a su chica. Sí, la rubia que tenía usted de dependienta en la tienda... Como ve, estoy bien informado de lo que pasa en la ciudad.

—Esa chica era mi prometida —puntualizó Dowell muy serio. Pero, en su fuero interno, se alegraba de que Pierce hubiera pronunciado el nombre de McCooper Vivian lo estaría escuchando y ello disiparía sus últimas dudas, calculó.

—Lo siento —dijo Pierce—. Bien, lo único que quería decirle es que deseo que se ponga de mi lado.

—¿Para qué?

—¿No lo comprende? Deseo derrotar a McCooper...

—Y quedarse con su compañía de seguros, ¿verdad?

—Puesto que lo dice con tanta claridad, sí, eso es lo que quiero. Necesito un hombre joven, bien parecido, que no sea conocido de McCooper...

—Y usted ocupará su puesto y se llenará los bolsillos de dinero, exprimiendo a los honrados comerciantes, a los que no amenaza nadie, sino sus propios esbirros, ¿no es así?

—Llámelo como quiera. Es un negocio que puede proporcionar enormes dividendos. Usted ocuparía un puesto destacado en mi organización, después de acabar con McCooper, naturalmente.

—¿Por qué me ha buscado a mí, precisamente?

—Usted no es conocido de la policía, ni tiene antecedentes ni nadie, en fin, podría sospechar de un joven que no ha tenido hasta ahora el menor tropiezo con la ley. Créame hace tiempo que andaba buscando a una persona de tales características y el suceso de la otra noche me ha proporcionado la ocasión de venir a exponerle a usted mis proyectos.

—¿Tengo que disparar contra McCooper?

—No, hombre, ya se encargarán otros de las tareas duras. Usted será el director de la empresa... Dos mil quinientos al mes y gastos...

Dowell sonrió. De pronto, se levantó, fue a una mesa, cogió un papel, regresó junto al visitante y se lo entregó.

—Lea, por favor.

Pierce obedeció. Unos segundos más tarde, lanzaba una violenta imprecación.

—No me gustan las bromas estúpidas —barbotó.

—No es broma —contestó el joven, muy serio—. Previendo lo que me iba a decir, ordené imprimir diez mil carteles igual a éste. Pronto se verán por todas las esquinas; se enviarán por correo, como propaganda comercial, se dejarán cientos de ejemplares en todos los bares, tabernas, cafeterías, salas de fiestas, salones de billar... Señor Pierce, ¿cuánto cree usted que tardará alguien en intentar ganarse el cuarto de millón que ofrezco por su cabeza?

—No..., no puede hablar en serio... —tartamudeó el visitante.

—Un millón daría yo por verle a usted en la cárcel para toda la vida. Porque si le ayudase, haría lo mismo que McCooper, y otras jóvenes como Jessica Bartney podrían morir ignominiosamente por negarse a pagar una protección que nadie les ha pedido. —Dowell

arrebató el cartel a Pierce y lo blandió coléricamente ante sus narices—. Salga, salga de mi casa inmediatamente y no vuelva a poner los pies en ella; y sepa que, por mucho dinero que tenga usted yo tengo todavía más, con una ventaja; no me importaría verme en la ruina, con tal de enviarles a todos ustedes a presidio para el resto de sus días.

Pierce se puso en pie, anonadado. Implacable, Dowell agregó:

—Voy a darle un consejo, señor Pierce. No intente nada contra mí; he hecho testamento y si me ocurriese algo, los pasquines serían publicados y la recompensa pagada puntualmente a quien probase haberle dado muerte a usted. Los tipos como Bogs cobran dos o tres mil dólares por asesinato... ¿Sabe usted cuántas personas le matarían por un cuarto de millón?

El visitante se fue, completamente desmoralizado. Dowell se quedó solo unos momentos, tratando de recobrar la normalidad de su ánimo, alterado por el violento diálogo que había sostenido con Pierce.

CAPÍTULO IX

Vivian salió en silencio y le quitó la copa que acababa de servirse.

—No se emborrache —dijo con acento de reproche.

—Necesito un trago —gruñó él.

—Lo comprendo, pero no le conviene. Manténgase sereno, Milo; el alcohol no resolverá ninguno de sus problemas. Al contrario, los enconará más.

—¿Usted cree?

—Sí.

—Está bien. ¿Ha oído la conversación?

—Sin perderme una sílaba.

—De acuerdo. Ahora dígame qué opina de todo esto.

—Ya sé que McCooper es... Bueno, no encuentro palabras para describirlo... —Sí, es una descripción que cuesta mucho— sonrió él.

—Pero ¿ha tomado ya una resolución?

Vivian hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, ya sé lo que debo hacer —contestó.

—Bien, en tal caso, dígame dónde están esos libros...

—¡No!

Dowell se quedó con la boca abierta.

—¡Vivian! —exclamó.

—Lo siento —dijo ella.

—Pero, al menos, explíqueme...

—Usted está dominado por el rencor, cegado por el ansia de venganza, y yo no podría ayudar a un hombre sediento de sangre, aunque sea la sangre de unos criminales.

—¿Se pone de parte de ellos?

—Tampoco. Me pongo de parte de la razón y la justicia, cosas que usted parece haber olvidado por completo. En esas

circunstancias, lo lamento, no puedo ayudarle.

—Muy bien —dijo Dowell, conteniendo difícilmente la ira que sentía—. Siga así, permita que los esbirros de McCooper sigan apaleando a las personas decentes, robando, estrujando, haciendo la imposible existencia a hombres y mujeres que sólo quieren vivir y trabajar en paz. Dormirá beatíficamente esta noche, se lo aseguro.

—No, no dormiré bien, pero aún dormiría peor sabiendo que un hombre joven y honesto, hasta ahora, pretende malgastar su fortuna en una venganza personal, aunque comprenda que tiene motivos para ello. Eso es lo que pienso y nada me hará cambiar de opinión... salvo su cambio de actitud.

Vivian levantó unos instantes el pasquín de recompensa que el joven había hecho imprimir.

—¿Cuándo empieza a repartirlos? —preguntó.

—Todavía no he tomado una determinación. Pero en cualquier momento...

—El dinero se le ha subido a la cabeza —dijo ella desdeñosamente—. Lo siento, Milo; había llegado a caerme simpático, pero ahora se está haciendo odioso.

Vivian dejó caer el papel y se encaminó hacia la puerta.

—Avíseme si un día cambia de forma de pensar —se despidió secamente.

Al quedarse solo, Dowell lanzó una terrible imprecación. Furioso, asestó un puntapié a una silla, pero era un mueble antiguo, sólido, pesado, y se hizo daño. Perry lo encontró, saltando a la pata coja, agarrado al pie dañado con ambas manos.

—¿Le sucede algo, señor? ¿Se ha hecho daño?

—No, es un nuevo paso de baile. Me lo ha enseñado la señorita Ricks y quiero practicarlo para la próxima vez que nos encontremos —contestó el joven con amargo sarcasmo.

Paul Ayres se sentó frente a Dowell y le miró con la sonrisa en los labios.

—Parece que tiene mala cara, Milo —comentó.

—No me siento de buen humor, en efecto —admitió el joven.

—¿Todavía duran sus problemas?

—No se han ido aún, si es eso lo que quiere saber.

—Usted es joven. Empiece a olvidar, hombre.

—Cuesta mucho, Paul.

—Tiene dinero de sobra. Aprovéchelo.

Las manos de Dowell se crisparon.

—Ella podría estar ahora disfrutando de mi fortuna...

—Pero está muerta y usted no puede hacer nada en contra. Llore su memoria todo lo que quiera, pero piense en su propio porvenir. La vida sigue, no hay otro remedio.

—Sí, pero... ¡cuesta tanto olvidar! Y más, si se piensa en la forma en que murió...

—Los culpables lo pagarán algún día —aseguró Ayres.

—Me siento escéptico. Están muy bien protegidos, Paul.

—No por la policía, aunque usted crea lo contrario. Mientras no se demuestre que son culpables, son inocentes ante la ley.

—¿Y cómo probar su culpabilidad? Yo sé que son culpables, pero... ¿puedo dispararles sin correr el riesgo de que me encarcelen para el resto de mis días? También podría pagar un pistolero profesional, o diez o cincuenta, pero es algo que me repugna...

—Le comprendo perfectamente, Milo. Y es preciso reconocer que la posición de McCooper es punto menos que inexpugnable. Nadie se atreve a declarar no ya contra él, sino contra sus esbirros. En esas condiciones, ¿qué podemos hacer nosotros?

—Tal vez se podría hacer algo, si...

Las cejas del sargento se alzaron.

—Siga, Milo —invitó.

—He oído decir que McCooper tiene unos libros privados, en los que se reflejan cuentas nada honestas, que no tienen nada que ver con su compañía de seguros.

—Sí, es lógico.

—¿Qué pasaría si se encontrasen esos libros?

Oh, el fiscal tendría motivos para arrearles con un saco de años en lo alto de la cabeza —sonrió Ayres—. Pero usted está pidiendo un imposible, Milo.

—No es tan imposible, Paul.

Ayres miró al joven recelosamente.

—¿Piensa conseguir esos libros?

—¿Dónde están?

El policía enseñó las palmas de sus manos.

—No tengo la menor idea —contestó.

—Extraoficialmente, ¿no podría averiguarlo usted?

Hubo un instante de silencio. Ayres recordó que, días atrás, se había prometido a sí mismo ayudar a aquel joven tan mortificado por el asesinato de su futura esposa.

—Intentaré conseguir algo, pero no se haga ilusiones —dijo al cabo—. Y no sé nada, ni sabré, ni tendré la menor relación con lo que pueda hacer usted, ¿me entiende?

Dowell sonrió.

—Descuide, no le comprometeré para nada, Paul —aseguró rotundamente.

Ayres sonrió, se levantó y se marchó, sin añadir una sola palabra. Dowell empezó a sentirse un poco mejor.

* * *

Encontró a Kindler en su lugar acostumbrado. El sujeto se sorprendió al verle sentarse a su lado, en un taburete.

—¿Le ocurre algo? —preguntó.

—¿Quieres ganarte mil «pavos»? —murmuró el joven, sin mirarle siquiera.

—Diablos, eso ni se pregunta siquiera. ¿Qué debo hacer?

—Pete Boyle te contrató a ti para un viaje en coche.

—Sí, ya lo sabe.

—Y es hermano del otro Boyle, el que trabaja con McCooper.

—Justamente.

—McCooper tiene unos libros secretos. Quiero encontrarlos. Si me dices dónde están, tendrás los mil dólares. Y luego quinientos, cuando me encuentres un especialista en cajas fuertes.

—Comprendo. Váyase tranquilo.

Dowell puso un billete de veinte dólares sobre el mostrador. Kindler se apoderó de él sin ningún escrúpulo.

Salió a la calle y abrió la portezuela del coche. Su sorpresa fue enorme al ver a Vivian en el asiento delantero.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó.

—Fui a tu casa y te vi salir. Decidí seguirte...

—Sin duda, tienes algo interesante que comunicarme.

Vivian inspiró con fuerza.

—Sí —admitió.

Dowell se percató de la enorme alteración de la muchacha. En

aquel momento, vio a Kindler que salía de la taberna y agitó la mano para llamar su atención.

—Vivian, dame las llaves de tu coche —pidió.

Ella se las entregó. Dowell se las pasó a Kindler.

—Síguenos —ordenó.

Dowell hizo arrancar su coche. Al cabo de unos momentos, tocó la mano de la joven. —Habla— invitó.

—Tú tenías razón —dijo ella furiosamente—. De nada sirven las consideraciones morales... No hay ética en este mundo...

Dowell emitió una risita irónica.

—A ti te ha pasado algo nada agradable —adivinó—. ¿Me equivoco?

—Una amiga mía... Tiene una *boutique* de lencería y ropa para señoras, muy acreditada... Dos granujas vertieron varios litros de ácido en los cajones y las estanterías... Uno de ellos le arrojó después un poco de ácido en el pecho...

—Vaya, parece ser que también te tocó la china, aunque sea indirectamente. ¿Qué más, Vivian?

—Eran hombres de McCooper.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo oí a Dirk Boyle por teléfono... Descolgué el supletorio... A esa amiga le pedían seiscientos mensuales...

—Comprendo. Bien, ya sólo te falta decirme dónde están los libros privados.

—En el «club» de Pete, el hermano del *Dandy*. Supongo que en alguna caja fuerte... Dowell meditó durante unos instantes. El coche rodaba a buena velocidad, pero sin excesos. Casi sin darse cuenta, estaban a punto de salir de la ciudad.

Una luz roja se encendió de pronto. Dowell frenó.

Otro coche se detuvo a su lado. El conductor le hizo señas. Dowell le miró. Kindler señaló con el pulgar hacia atrás.

—No siguen —murmuró él.

Vivian se estremeció.

—¿Quién? —preguntó.

—No sé. Alguien que no me quiere bien, supongo.

Kindler volvió a hacerle señas y se apuntó a sí mismo con el índice, Dowell comprendió que el sujeto quería decirle que iba a encargarse de los perseguidores y contestó con un leve movimiento

afirmativo.

El semáforo se puso en verde. Dowell arrancó, mientras Kindler se rezagaba un tanto.

El joven aceleró. Poco después, otro coche rebasó al de Vivian, que iba tripulado por Kindler.

Ya estaban fuera de la ciudad. El velocímetro marcaba ciento veinte a la hora.

De repente, Kindler aceleró a fondo y se puso a la altura del coche perseguidor. En el mismo instante, golpeó el volante hacia su derecha. El otro conductor, instintivamente, trató de evitar la colisión, virando en el mismo sentido. Pero el borde de la carretera estaba demasiado próximo.

Lanzado a toda velocidad, el coche se salió del camino y descendió como un proyectil por el terraplén que habla en aquel sector. Chocó contra un saliente y volcó en sentido longitudinal. Durante un segundo, voló por los aires, antes de caer sobre el techo con tremendo estrépito.

Una chispa inflamó la gasolina que se derramaba. El incendio se propagó en cuestión de segundos. Cuando las llamas alcanzaron el tanque, se produjo una aterradora explosión.

Dowell paró el coche un poco más adelante. Kindler se detuvo también y corrió hacia ellos.

—Era Claidon, el escaldado —dijo.

Dowell miró fijamente al sujeto.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

Kindler se encogió de hombros.

—Alguna vez hay que cambiar de vida —contestó.

—Gracias. Ven a verme mañana a mi casa. Tendré algo para ti...

—El coche no es mío —dijo Kindler.

—Llévatelo sin reparos —indicó el joven.

—Está bien. Suerte a los dos.

Dowell se apeó y contempló el tétrico resplandor rojo que disipaba las tinieblas a doscientos metros de distancia.

—A McCooper no le va a gustar —sonrió.

Vivian temblaba como una hoja seca en día de vendaval.

—Milo, ¿qué hago ahora? —preguntó, terriblemente afligida.

Un coche se acercó a gran velocidad, haciendo aullar la sirena y con chisporroteo de luces sobre el techo. El piloto se detuvo junto a

Dowell.

—¿Qué es aquello? —preguntó.

—Un coche se salió de la carretera —respondió el joven—. Creo que el conductor debía de estar bebido. Hacía muchas eses y...

—Necesitaré su testimonio —dijo el policía de tráfico.

—Desde luego, agente.

El coche continuó su marcha. Dowell se volvió hacia la muchacha.

—Vivian, tendrás que ser fuerte y disimular como si no supieras nada, hasta que llegue el momento —dijo—. Y debes hacerlo, por encima de todo, porque si McCooper se enterase de que estás al corriente de sus crímenes, tu vida no valdría diez centavos.

CAPÍTULO X

Dos días más tarde, Groff Kindler llamó a la puerta de la mansión y una doncella acudió a abrirle. Inmediatamente, fue introducido en la biblioteca, en donde el dueño de la casa estaba entretenido leyendo un libro.

Dowell encargó a la sirvienta que trajera café. Luego hizo que el visitante se sentase frente a él.

—¿Y bien, Groff?

—Ya sé dónde está la «lata» —contestó el interpelado.

—¿De veras?

—Hay una camarera que trabajaba en el Sadie's, muy amiga mía. Está furiosa con Pete.

—¿Por qué? —sonrió Dowell.

—Figúrese. El salario, nominalmente, es muy bueno, pero les descuentan casi la mitad, con el pretexto de la Seguridad Social. Lo que hace Pete es embolsarse esas supuestas cuotas.

—Pero ¿qué beneficio puede obtener si, a fin de cuentas, el dinero sale de su bolsillo? Tanto daría que les pagase menos desde un principio...

—Bien, pero así evade buena parte de los impuestos. Justifica los pagos y luego recobra el dinero por otro lado.

—No es un mal procedimiento —admitió Dowell—. De modo que esa chica está enojada con Pete.

—Figúrese. A fin de cuentas, son casi doscientos dólares mensuales de menos. Ni siquiera con las propinas compensa la diferencia.

—Y no podrá protestar, supongo.

—Hubo una que lo intentó. Le rajaron la cara y los pechos.

—Las atenciones de Pete con su personal son conmovedoras —dijo el joven irónicamente—. Bien, la chica está enfadada y... ¿qué más?

—Ella es la que me ha indicado dónde está la caja fuerte. Ya tengo al tipo que la abrirá, pero pide cinco mil «pavos».

—Los pagaré —respondió Dowell—. ¿Es de confianza, Groff?

—El mejor que hay, puede estar seguro de ello.

—En la caja fuerte de Pete hay unos libros que me interesan, No quiero dinero, sólo libros y documentos. Esto debe quedar claro desde el principio.

—Sí, señor.

—¿Sabe tu amigo cuándo podrá conseguirlo?

—Primero tendrá que estudiar el terreno a conciencia. No será fácil, pero lo conseguirá.

—El tiempo no importa ni el dinero tampoco —dijo Dowell—. Dile a tu amigo que empiece a trabajar. Ven mañana a verme y tendrás el dinero.

—Sí, señor.

—Ah, otra cosa. ¿Dónde está el coche de la señorita Vivian? Ella me llamó ayer por teléfono y dijo que aún no lo ha recobrado.

—Perdone, lo había olvidado. Lo llevé a un taller; la aleta estaba abollada y manchada de la pintura del otro coche.

—Vaya, no se me ocurrió... Pero si la policía investiga...

Kindler soltó una risita.

—El dueño del taller es de toda confianza. No hará preguntas ni dirá nada —contestó.

—Eso costará dinero. Yo pagaré lo que sea —manifestó el joven—. Por cierto, ¿era Claidon?

—Sí, señor. Parece ser que lo hizo por propia iniciativa. Nunca le habían calentado la cara con café y quiso desquitarse.

—Debería haberse quedado quieto —gruñó Dowell. Metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de billetes, del que separó diez de cien dólares—. Mañana tendrás el resto, Groff; si falta para pagar la reparación del coche, dímelo sin reparos.

—No se preocupe, usted tiene crédito —rió el individuo.

Dowell le miró fijamente.

—Parece que quieres volver al buen camino —dijo.

Kindler se encogió de hombros.

—Esto no es vida. Cualquier día te encuentras con unas cuantas onzas de plomo en el cuerpo, como le pasó a Bogs... Admito que no me he portado bien y he cometido bastantes fechorías, pero jamás he intervenido en un asesinato. El otro día, cuando llevé a Claidon a su tienda, fue la primera vez y yo pensaba solamente que se trataba de amedrentar a un tipo. Entonces me dije que nunca más...

—Basta, Groff —cortó el joven—. Sigue así y no te pesará. Ah, y dile a tu amiga la camarera que no me olvidaré de ella.

—Sí, señor.

En aquel momento, sonaron unos golpes en la puerta de la estancia. Perry abrió y se hizo visible, con una bandeja en las manos, sobre la que se veía un sobre blanco.

—Perdón, señor —se disculpó—. Acaban de traer esta carta para usted. Dicen que es muy urgente...

Dowell frunció el ceño. Cogió el sobre, lo abrió y extrajo una cuartilla que contenía un mensaje absolutamente inesperado:

Tenemos a su prima en nuestro poder. El rescate le costará un millón de dólares, en billetes de pequeña denominación, máximo de 20 dólares, usados y de numeraciones distintas. Tiene una semana para reunir esa suma. Pasado ese plazo, nos pondremos en contacto con usted, a fin de convenir las condiciones del rescate. Por supuesto, no avise a la policía o su prima Debbie acabará hecha pedacitos.

Dowell respingó al terminar la lectura de la carta. Miró al mayordomo.

—¿Quién la ha traído? —preguntó.

—No lo sé, señor. Llamaron por teléfono, dijeron que había una carta en el jardín y que debía entregársela con toda urgencia. Supongo que la arrojarían desde el exterior, sin que nos diéramos cuenta...

—Gracias, Perry, eso es todo.

El mayordomo se inclinó.

—Bien, señor.

Dowell se volvió hacia el visitante.

—Toma, lee y apenas te enteres ponte en campaña inmediatamente. Gasta todo el dinero que necesites, pero entérate del lugar donde está secuestrada Debbie Roundelar.

—¿Piensas pagar el millón de dólares? —preguntó Vivian aquella misma noche, mientras cenaban en el lujoso comedor de la residencia.

—Quizá —contestó él.

Una doncella retiró los platos de sopa. Perry sirvió el pescado. Luego mostró una botella.

—Con permiso, señor. Pienso que este Sauternes blanco del cincuenta y cinco es adecuado al pescado —dijo.

—Por supuesto, Perry, muchas gracias.

Vivian puso los codos sobre la mesa, juntó las manos y apoyó en ellas el mentón. —Todavía no he conseguido salir de mi asombro— dijo—. Parezco una invitada en la corte de algún príncipe renacentista. Mayordomo, doncellas, cocinera...

—Falta el chófer, pero ya tengo a la persona idónea. Ahora está trabajando en otros asuntos.

—También chófer —exclamó ella.

Dowell sonrió, mientras señalaba el plato de Vivian con su tenedor.

—Se enfría el pescado —sonrió.

—Oh, es que... Me siento flotar... A veces creo estar soñando...

—Yo también, aunque espero acostumbrarme, naturalmente. — Dowell se limpió los labios y tomó un sorbo de la copa que tenía frente a sí. Luego se volvió hacia el mayordomo—: Usted tenía razón, Perry; es el vino apropiado.

Perry se inclinó.

—Gracias, señor.

—Milo, estábamos hablando del rescate de Debbie —le recordó ella.

—Ah, es verdad, casi lo había olvidado. Bueno, no pienso pagar un solo centavo —dijo Dowell tranquilamente.

Vivian se espantó.

—¡La matarán! —exclamó.

Dowell no contestó. Durante unos momentos, se entregó al placer de saborear el pescado. Luego tomó otro sorbo de vino y al fin se enfrentó con su invitada.

—Tengo intenciones de rescatarla, pero no voy a gastarme un

solo céntimo en sufragar los vicios de quienes no saben trabajar para ganarse la vida. Mejor dicho, no quieren trabajar, porque no todo el mundo sabe hacerlo como es debido. Comprenderás que no voy a permitir que la fortuna del abuelo, una importante parte de ella, claro, vaya a parar a las manos de unos desaprensivos.

—Entonces... la rescatarás... pienso que por la fuerza...

—Digamos mejor la astucia. La fuerza, en este caso, no serviría de nada, Vivian. A propósito, ¿tienes otro juego de llaves de tu coche?

—Sí, claro...

—Hoy mismo lo tendrás en tu aparcamiento, debidamente reparado.

—Milo, estábamos hablando del secuestro —dijo ella, un tanto nerviosa.

—Ya está todo dicho —respondió él—. Bueno, todo, excepto una cosa. Estoy aguardando informaciones.

—¿De qué? —preguntó Vivian, extrañada.

—Del lugar donde está mi prima Debbie, naturalmente.

—Pero los secuestradores la habrán escondido muy bien...

—Eso me imagino —sonrió Dowell.

—Y no dirán a nadie dónde tienen a su, prisionera...

—Lógico.

—Por tanto, no conseguirás enterarte de...

—Vivian, yo no he recurrido a la policía, ni pienso hacerlo. Pero hay otros medios de conseguir la información que necesito.

Ella asintió.

—Creo que te comprendo —dijo—. Kindler, ¿no?

—Exactamente. Groff ha averiguado ya el lugar donde está la caja fuerte de Pete Boyle. Incluso tiene el «abrelatas».

—¿Es alguna herramienta nueva?

Dowell se echó a reír y movió los diez dedos de sus manos.

—Éstas son las herramientas —contestó—. Naturalmente, me refiero a las de un experto, al que pagará cinco mil dólares por la tarea.

—Y conseguirás los libros...

—Que irán a parar, anónimamente, a poder del fiscal. Pero antes quiero resolver el secuestro de mi prima. Mejor dicho, las dos cosas se harán al mismo tiempo. Como suele decirse, será una guerra en

dos frentes.

—Las guerras en dos frentes suelen acabar mal —objetó Vivian.

—Para el que las emprende, claro.

—¿Y para ti no?

Dowell hizo un gesto negativo. La doncella empezó a retirar los platos.

—¿Sirvo el asado, señor? —consultó Perry.

—Sí, muchas gracias.

Vivian hizo un gesto con la cabeza.

—No acabo de salir de mi asombro. Tu prima corre peligro de morir y tú, aquí, tan tranquilo...

—¿Serviría de algo que me pusiera nervioso? A Debbie no la iba a beneficiar en absoluto y yo no conseguiría nada positivo perdiendo la compostura.

Perry mostró una botella de vino tinto. Dowell hizo un signo de aprobación y el mayordomo llenó las copas. La doncella trajo el asado y Perry empezó a cortar lonchas con el cuchillo de trinchar.

—El abuelo sabía vivir —sonrió Dowell—. Tenía una bodega magníficamente provista. Debemos hacerle los honores, Vivian.

—No me cabe la menor duda —contestó ella—. Milo, ¿qué harás después? Bueno, cuando hayas terminado de desempeñar el papel de caballero andante, vengador y justiciero...

—La fortuna que heredé no consiste solamente en pilas de billetes de bancos. Hay negocios que deben seguir funcionando y yo me ocuparé de ellos. Tal vez te proponga un empleo, adecuado a tus conocimientos.

—Creo que aceptaré —repuso la joven.

—En su momento, discutiremos las condiciones. El asado está riquísimo y el vino resulta el acompañamiento ideal. Concéntrate ahora en la cena y no pienses en cosas menos agradables.

—Estar contigo es como una especie de lavado de cerebro. Una se olvida de las cosas desagradables de este mundo y llega en la ausencia de todo mal.

—Lo cual, por desgracia, no es cierto. Pero tenemos que hacer todos los posibles por barrer esa maldad.

Vivian miró penetrantemente a su anfitrión. Se preguntó si seguía recordando todavía a la muerta.

Era algo que no debía mencionar, por el momento. Más

adelante...

CAPÍTULO XI

Tres días más tarde, Kindler llamó al joven por teléfono.

—Ya sé dónde está, señor.

—¿Seguro, Groff?

—Segurísimo, tanto como que usted y yo estamos hablando por teléfono en estos momentos.

—¿Muy lejos?

—Unas quince millas. Conozco el camino.

—Bien, Groff. Ven a buscarme esta noche, a las once en punto.

Ponte ropas oscuras.

—¿Nada más?

—Por el momento, eso es todo.

—Sí, señor.

Kindler fue puntual. Luego, los dos hombres salieron juntos. Kindler se encargó de conducir el coche, hasta las inmediaciones del lugar donde se hallaba secuestrada Debbie Roundelar.

—Creo que sería conveniente para aquí, señor —dijo el sujeto, cuando se hallaban a unos mil metros de la casa donde estaba prisionera la prima del joven.

—Estupendo, Groff.

Dowell se apeó y sacó del coche unos prismáticos. La casa estaba en lo alto de una pequeña eminencia, y se recortaba nítidamente contra el fondo del cielo iluminado por la luna casi llena.

—Es preciso buscar un punto de observación mejor que ésta —dijo Dowell—. Venga por aquí, señor —indicó Kindler.

Los dos hombres avanzaron cautelosamente entre las sombras, hasta situarse a unos doscientos metros de la casa. Dowell apreció que no era muy grande, aunque tenía tejado inclinado, a dos aguas, que formaba una especie de ático, sobre la planta baja. Durante un

buen rato, permaneció estudiando la estructura del edificio con los gemelos, hasta que llegó a una conclusión.

—Yo vendré mañana por la noche, después de las doce —dijo—. Tu amigo «limpiará» la caja de Pete a las cuatro de la madrugada en punto, ni un minuto antes. ¿Sabes si hay teléfono en esta casa?

—Sí, claro.

—Averigua el número. Apenas tenga tu amigo los libros y los documentos en su poder, llama a esta casa, di que eres Pete y que te han vaciado la caja fuerte del Sadie's.

—¿Nada más? —se asombró Kindler.

—Eso es suficiente, Groff.

—Pero ¿cómo puede saber que ellos están mezclados en el secuestro?

Dowell soltó una risita. Luego dio una palmada en el hombro del confidente.

—Como decía Holmes, «elemental, querido Watson».

—Para mí no es tan elemental...

—Anda, vamos, te lo contaré por el camino.

—Sí, señor —suspiró Kindler.

—Groff, cuando esto termine, necesitará un chófer. ¿Querrás el empleo?

—¡Claro, de mil amores!

—¿Y tu amiga la camarera? Quizá le guste un puesto en mi casa...

—Creo que aceptará, señor.

—Pero no le digas nada por el momento.

—Descuide, señor.

Regresaron al coche. Mientras volvían a la ciudad, Dowell empezó a pensar en la mejor forma de acabar aquel asunto.

Cuando lo hubiera conseguido, Jessica estaría vengada. No la olvidaría jamás y muchas veces se preguntaría qué habría sido de las vidas de ambos, si ella no hubiese sido atacada por los esbirros de McCooper. Pero debía mirar hacia adelante, pensar en su propio porvenir, se dijo.

Y en ese futuro, quizá, Vivian...

Lentamente, con infinito cuidado, moviéndose centímetro a centímetro, se arrastró por el suelo del ático. De cuando en cuando, pegaba al suelo una especie de fonendoscopio, que le permitía captar los menores sonidos de lo que sucedía debajo de él.

A la vez que se movía, arrastraba consigo una pesada bolsa, que contenía algunos objetos que había estimado indispensables para la acción. De pronto, captó sonidos de voces que sonaban directamente bajo él.

Encendió una linterna que formaba parte del equipo. Durante el día, se había movido constantemente, desplegando una intensa actividad, que le había llegado a conseguir examinar los planos de la casa, el nombre de cuyo propietario conocía también. Ahora sabía cómo moverse por el interior del edificio, sin cometer el menor fallo.

El ático, en realidad, era un desván corrido, con suelo de tablas de madera. La casa era muy antigua y hacía tiempo que estaba prácticamente deshabitada. El dueño la había puesto en venta, pero se hallaba en un paraje poco atractivo y, hasta el momento, no había surgido un comprador que diese el precio solicitado por la operación.

Con la ayuda de la linterna, tanteó el suelo. Al fin, encontró una tabla ligeramente suelta y, con gran paciencia, empezó a quitar los clavos. Media hora más tarde, había practicado una abertura que le permitía ver sin dificultad lo que tenía directamente debajo de él.

Debbie estaba sentada en un cómodo butacón, con un vaso al alcance de la mano y un cigarrillo en los labios espesamente pintados y las piernas cruzadas negligentemente. Un tipo, en cuya boca se veían señales de un fuerte golpe, estaba situado frente a ella. De pronto, Debbie consultó su reloj.

—Ya tardan —dijo.

Shatto Iwens *el Guapo*, se encogió de hombros.

—No te preocupes. Vendrán —contestó.

Siempre sin hacer ningún ruido, Dowell abrió la bolsa que había traído consigo y extrajo una cámara de video, cuyo objetivo enfocó hacia el destartelado salón que se hallaba directamente bajo él. Su prima Debbie, observó, parecía muy nerviosa.

—El plazo se termina pasado mañana —dijo—. ¿Pagará?

—¿Tú, qué crees? —repuso Iwens con una risita burlona—.

Mujer, eres de la familia, al fin y al cabo...

La cámara registraba puntualmente cada gesto, cada palabra de la pareja que se hallaba en el salón. Dowell, por otra parte, había situado la tabla desencajada, de modo que dejase solamente el hueco necesario para permitir el registro de las escenas que se sucedían en la planta baja. En la bolsa llevaba cartuchos de grabación suficientes para varias horas. Aquello, se dijo, acabaría con la cuadrilla de desalmados.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, Iwens se levantó y fue hacia Debbie.

Inclinándose hacia ella, le dijo algo al oído.

Debbie lanzó una risita.

—Hombre, a estas horas...

—¿Por qué no? Estamos solos, muñeca.

—Sí, pero si vienen y nos sorprenden...

—Tocarán la bocina desde el exterior. Entonces, tú te refugias en el baño y...

Iwens se inclinó todavía más y buscó la boca de Debbie. Ella se estremeció un poco.

Luego se puso en pie y le besó ávidamente.

El hampón empezó a soltar los broches del vestido de Debbie.

«Vaya, no había imaginado filmar una escena pornográfica», pensó Dowell.

El vestido cayó hasta la cintura. Iwens desabrochó el sostén de la joven, dejando sus senos al descubierto. Ella lanzó un hondo suspiro cuando los labios masculinos acariciaron los rosados vértices.

Bruscamente, se oyó en el exterior el sonido de la bocina de un coche. Iwens maldijo obscenamente, a la vez que se apartaba de Debbie con gran rapidez.

—¡Al baño, pronto! —exclamó.

Ella echó a correr para arreglar los desperfectos de su indumentaria. Dowell sonrió para sí.

Iwens se acercó a la puerta y la abrió.

—Eh, ¿estáis ahí?

—Así es —contestó alguien desde el exterior—. Shatto, las cosas han cambiado un poco, aunque va a ser para mejor.

—No entiendo, *Dandy* —dijo Iwens.

—Ahora lo verás —contestó Dirk Boyle.

Dowell continuaba grabando todo lo que sucedía debajo de él. Repentinamente, tres personas hicieron su aparición en el interior de la casa.

Eran Boyle y otro hombre, quienes flanqueaban a una joven cuyas manos estaban atadas a la espalda. Ella tenía los cabellos desordenados, caídos sobre el rostro, pero Dowell pudo reconocerla, a pesar de todo.

La cámara de video casi se le escapó de las manos.

—¡Dios mío! ¡Es Vivian!

Sin embargo, supo conservar la calma precisa para no alzar la voz. Fue más bien un grito mental, que no llegó lógicamente al salón inferior.

Boyle empujó rudamente a la muchacha.

—Ésta es la mejoría en el negocio —dijo—. Ahora, Dowell pagará dos millones si quiere volver a ver viva a esta preciosidad.

Debbie apareció en aquel momento y se sintió enormemente sorprendida al apreciar el inesperado cambio de situación.

—Pero ¿qué diablos hace esta furcia aquí? —barbotó.

—Tú, cállate —dijo Boyle de mal talante—. El jefe lo ha dispuesto así. Sabe que se entendía con Dowell y quiere sacar una buena tajada del asunto.

—Tocaremos a más, supongo —observó Debbie.

—El doble, exactamente —rió el *Dandy*—. Un millón por ti y otro por la chica.

—¿Dónde está McCooper ahora?

—No tardará en venir. Se ha rezagado para darle la noticia a Dowell.

—Bien, pero ¿qué hacemos con ella? —preguntó Iwens.

—Hay un cuarto en la trasera de la casa. Allí estará segura hasta que llegue el jefe.

—Muy bien. Anda, ven, hermosa —dijo el Guapo.

Agarró a Vivian por un brazo y tiró de ella. La joven se dejó llevar sin la menor protesta.

—Va a ser un buen negocio —comentó Boyle—. Dowell pagará los dos millones...

—¿Y después? —preguntó Debbie.

Boyle chasqueó los dedos.

—Humo, Volar —contestó significativamente—. Las cosas se han puesto feas aquí, ¿eh?

—El barco se hunde. Es preciso saltar a los botes antes de que sea demasiado tarde.

Backie Fuller regresó en aquel momento.

—La chica está segura —informó.

Entonces, Dowell paró la cámara de video. Puso la tabla nuevamente en su sitio y procuró recordar el lugar que ocupaba en la casa la habitación en que había sido encerrada Vivian.

* * *

Examinó el suelo del desván con la linterna. Casi estuvo a punto de lanzar un aullido de alegría, al ver el cuadrado que representaba la trampilla situada en aquel lugar y que permitía la comunicación con la planta baja.

Estudió las bisagras y el cerrojo. Al iniciar la operación, había tratado de pensar en todos los imponderables. Previendo tal vez enfrentarse con cerraduras oxidadas, había llevado un «*spray*» engrasante. Roció bien las chamelas y el cerrojo y luego recorrió éste muy lentamente.

La trampilla se alzó en silencio. Dowell miró hacia abajo.

Vivian estaba sentada en una silla, a la que había sido atada con una fuerte cuerda que le sujetaba hombros y rodillas. Dowell había llegado al desván desde el exterior, mediante una cuerda con gancho, lanzada a una de las ventanas abohardilladas. Decidió que debía usarla de nuevo.

Ella no se había dado cuenta aún de su presencia. Dowell siseó ligeramente.

—No grites, Vivian, por lo que más quieras —recomendó en voz baja.

La joven alzó vivamente la cabeza. Sus ojos se dilataron por el asombro al ver el rostro y los hombros de Dowell que asomaban por el hueco de la escotilla.

—Milo...

—Silencio —dijo él.

Lanzó la cuerda y sujetó el gancho al borde de la trampilla. Luego se descolgó rápidamente y corrió hacia la muchacha.

—No hagas preguntas —aconsejó enérgicamente—. Ya llegará el tiempo de las explicaciones.

Lo primero que hizo fue cerrar la puerta con llave. En caso de apuro, les daría cierta ventaja. Luego regresó junto a Vivian y, con la ayuda de una navaja, empezó a cortar sus ligaduras.

—Yo volveré arriba primero —añadió—. Después te izaré a ti.

—Pero... pensé que escaparíamos...

—No, no podemos marcharnos sin que haya reunido las pruebas necesarias. Y ya me falta muy poco.

Al terminar, Dowell abrió la ventana de par en par. Luego volvió al desván. Hizo un lazo con la cuerda y la arrojó de nuevo abajo.

—Pásala por debajo de los sobacos —indicó.

Vivian lo hizo así. Momentos después, se dejaba caer sobre el suelo del desván.

—No puedo creerlo, Milo —sonrió.

—Pues es cierto —contestó él alegremente.

Bajó la trampilla de nuevo y agarró la mano de la muchacha.

—Ven detrás de mí, arrastrándote por el suelo, pero no hagas el menor ruido. Cuando vean la puerta cerrada, la romperán; encontrarán la ventana abierta y creerán que has escapado a campo traviesa. No se les ocurrirá pensar que estás sobre sus cabezas.

—Sí, es una buena idea —admitió Vivian.

Palmo a palmo, ganaron terreno hasta llegar al puesto de observación que Dowell había abandonado momentáneamente. Vivian se sintió estupefacta al darse cuenta de la singular argucia empleada por el joven para conseguir pruebas contra aquellos forajidos. Dowell retiró la tabla de nuevo. Puso una nueva cassette en la cámara de video y enfocó el objetivo hacia el salón.

En aquel instante, sonó una bocina en el exterior.

McCooper se hizo visible momentos después. —¿Y bien?— dijo Debbie.

—Dame un trago —rezongó el recién llegado.

Iwens le entregó un vaso mediado. McCooper tomó un largo sorbo y luego sacó un pañuelo para limpiarse los labios.

—Parece que no traes buenas noticias —observó Boyle, con cara de preocupación.

—Dowell no estaba en su casa —respondió McCooper.

CAPÍTULO XII

—Habrás salido —apuntó Debbie, tras un espacio de silencio.

—Sí, y volverá, pero, a pesar de todo, me gustaría saber dónde se ha metido —rezongó McCooper.

—No tiene por qué preocuparse, jefe —intervino el Guapo—. Ese chico es listo, pero no puede compararse ni de lejos con nosotros. Acabaremos por liquidarlo, ya lo verá.

—El dinero se le ha subido a la cabeza —dijo Debbie desdeñosamente—. Eso le resultará fatal.

McCooper se volvió hacia ella.

—Si él muriese, tú y tu familia seríais los herederos, ¿no es cierto?

—Es posible, pero no sabemos si ha hecho testamento... Tal vez ha dejado su fortuna a alguna fundación benéfica... No podemos correr riesgos, Dion; el millón del rescate es ahora lo más seguro.

—Bueno, cuando lo haya pagado, veremos de acabar con él de una vez para siempre —dijo McCooper.

—Debbie está equivocada —terció Boyle—. No es un millón; hay otro en perspectiva.

—¿Pagará? —dudo Iwens.

—Más que por mí —rió Debbie—. Está chiflado por tu vicepresidenta, Dion.

—Verdaderamente, es una chica preciosa —elogió Iwens—. Sentiría mucho tener que hacerle daño.

—Si las cosas se ponen feas... —dijo Boyle dubitativo...

McCooper dio un fuerte puñetazo sobre la mesa que tenía al lado.

—La ausencia de Dowell sigue preocupándome —masculló, irritado—. Anda, Backie, trae a la prisionera; ella quizá sepa

decirnos dónde está ese tipo.

—Está bien, jefe.

Fuller se alejó. McCooper se sirvió otro trago.

De repente, se oyó un grito de cólera.

Iwens echó a correr hacia la trasera de la casa y vio a Fuller forcejeando con la puerta.

—¡Está cerrada con llave! —exclamó el hampón.

—Vamos, hay que derribarla —exclamó Iwens.

Los dos sujetos cargaron contra la puerta al mismo tiempo. La cerradura saltó estruendosamente. Iwens fue el primero en entrar y vio la silla vacía, las cuerdas cortadas y esparcidas por el suelo y la ventana abierta de par en par.

—¡Se ha escapado! —aulló.

McCooper lo oyó desde el salón y lanzó una espantosa blasfemia. Dowell notó el estremecimiento que sacudía el cuerpo de Vivian, tendida a su lado, y procuró tranquilizarla.

—No te muevas para nada —susurró—. Calma, calma...

En el salón reinaba una agitación espantosa. Boyle emitió un agudo chillido de cólera.

—Hay que salir a buscarla... No puede estar muy lejos...

—Pero ¿cómo diablos ha podido escaparse? —rugió McCooper—. Backie, maldito estúpido, ¿qué clase de ligaduras hiciste?

—Bueno, yo la dejé bien atada... —se defendió el aludido.

En aquel instante, se oyó el estridente sonido del teléfono.

El silencio se hizo instantáneamente. Todos los rostros de los presentes se volvieron hacia el aparato, que continuaba sonando insistentemente.

—¿Quién diablos llamará a estas horas? —murmuró Debbie.

—Vamos, contesta, Dion —exclamó Boyle, muy nervioso.

McCooper se decidió a levantar el auricular.

—Diga...

Una voz terriblemente excitada sonó en sus oídos.

—Dion, soy Pete... ¡Han asaltado mi caja fuerte y la han vaciado de todos los documentos!

El rostro de McCooper se tornó en el color de la ceniza. El teléfono se escapó repentinamente de unos dedos sin fuerza.

—Han robado la caja fuerte de Pete... —lloriqueó, completamente desmoralizado.

Las piernas le flaquearon y tuvo que sentarse en una silla. Dowell, impasible, continuaba grabando todo lo que sucedía en el salón, sin perderse una sola escena.

De pronto, Iwens echó a andar hacia la puerta.

—Yo me largo —dijo—. Después de esto, Dowell ya no querrá pagar un solo céntimo por su prima. Suponiendo que el asalto a la caja fuerte no sea cosa suya. Voy a perder un saco de billetes, pero estaré mucho peor en la cárcel...

Abrió la puerta mientras hablaba, pero, inmediatamente, retrocedió con manos en alto.

Arriba, en el desván. Dowell, estupefacto, vio irrumpir a un pequeño grupo de hombres a quienes no esperaba en absoluto.

* * *

Pierce entró, flanqueado por dos de sus esbirros, quienes empuñaban sendas pistolas ametralladoras. El recién llegado sonreía aviesamente.

—Muy bien, muy bien, muy bien... —repitió tres veces seguidas—. Esto es justamente lo que yo deseaba. Me ha costado un poco, pero, al fin, lo he conseguido.

Boydle intentó rehacerse.

—Grant, ¿qué diablos quieres? —preguntó.

—¡Lo sabrás muy pronto, cuando estés en el infierno! De este modo, acabaré con la competencia y... ¡Adelante, muchachos!

Se oyeron unos chillidos de angustia. Las ametralladoras acallaron todas las voces de pánico. Aterrada, Vivian cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos.

McCooper intentó escapar. Una ráfaga de balas le alcanzó en el centro de la espalda y lo derribó al suelo. Boydle chilló horriblemente al sentir su cara atravesada por varios proyectiles.

Dowell se obligó a sí mismo a continuar filmando el sangriento espectáculo. Desesperadamente, y ya herido, Iwens sacó una pistola y consiguió hacer un par de disparos.

Uno de los pistoleros de Pierce resultó herido y se convulsionó espasmódicamente. El cañón de su ametralladora se desvió. Debbie trataba de ganar la puerta opuesta y el chorro de proyectiles la alcanzó en la cintura.

Fuller huyó hacia una de las ventanas. Cuando iba a salir, recibió un par de impactos en el cuello y quedó doblado sobre el antepecho.

Iwens se agitaba todavía. Pierce sacó una pistola y le atravesó el cráneo de un solo tiro.

Luego sobrevino el silencio, un silencio denso, terriblemente ominoso. En la atmósfera se agitaban las nubes de humo, que hedían espantosamente a pólvora quemada.

El pistolero herido se quejó. Pierce se volvió hacia él.

—¿Es grave, Kerry? —preguntó.

—Una rozadura en el costado. Nada importante.

—Bien, vámonos. Ya no tengo competencia —dijo Pierce, riendo con inaudita ferocidad.

El otro pistolero había salido y regresó corriendo con algo que dejó en el suelo. Pierce se inclinó y apretó alguna cosa en aquella caja.

—Dentro de diez minutos, se producirá una pequeña explosión, se inflamará el petróleo y la casa arderá por los cuatro costados —dijo.

Los asesinos se marcharon. De nuevo se hizo el silencio.

Vivian temblaba convulsivamente. Dowell apretó una de sus manos.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo.

Fuera se oyó el ruido de un coche que se alejaba a toda velocidad. Dowell descolgó a la joven hasta el suelo de la planta baja y luego hizo lo mismo, sin olvidarse en ningún momento de cuantos objetos había llevado consigo.

Corrió hacia el salón. El espectáculo le causó náuseas. Había sangre por todas partes.

Miró compasivamente a su prima. Debbie se había dejado llevar por la codicia. Quizá no se merecía aquel fin... pero, a los veintiocho años, se dijo, una persona tiene que saber a la fuerza lo que hace.

Se acercó a la caja y, tras un ligero examen, paró el reloj que provocaría la explosión y el subsiguiente incendio. La policía debía tener pruebas suficientes de los crímenes que se habían cometido en aquella casa.

Antes de salir, dirigió una mirada a McCooper, en cuyo rostro se

había petrificado trágicamente la última mueca de espanto.

—No debiste haber enviado tus sicarios a mi tienda —murmuró.

Inevitablemente, dirigió sus pensamientos a Jessica. «Nunca te olvidaré» se dijo, mientras caminaba lentamente al encuentro de Vivian.

* * *

Sonriendo orgullosamente, con aire de dueño del mundo, Grant Pierce entró en el despacho y miró desdeñosamente a su ocupante.

—Me pasaron su aviso, sargento —dijo—. Soy un hombre cumplidor de la ley y no tengo nada que reprocharme, aunque, desde luego, he creído oportuno acceder a su llamada. Debe de ser algo sin importancia, supongo.

—Sí, según se mire —contestó Paul Ayres con toda tranquilidad—. Señor Pierce, ¿quiere sentarse un momento, por favor?

—Desde luego, sargento.

Pierce ocupó una silla y cruzó las piernas ostentosamente, después de haberse subido las perneras de los pantalones.

Sacó un cigarro, mordió la punta, la escupió a un lado y luego arrimó al otro extremo la llama de un encendedor de oro.

Mientras, Ayres se había levantado para insertar un cartucho de grabación en el aparato reproductor de video, conectado a un televisor de 26 pulgadas. Luego ocupó su puesto nuevamente y levantó el aparato de control remoto.

—Quiero que presencie una escena, señor Pierce —dijo al cabo—. Nada importante, por supuesto; demasiado sé que usted es un hombre respetuoso de la ley y amante del orden y la justicia.

Ayres presionó la tecla de contacto y el televisor se encendió. A los pocos segundos, se vio a Pierce irrumpir en un salón, acompañado de dos sujetos que empuñaban sendas pistolas ametralladoras.

Las palabras de Pierce resonaron con toda fidelidad. Los ojos del sujeto amenazaron con salirse de sus cuencas.

El cigarro se desprendió de sus dientes y cayó al suelo, pero Pierce no lo notó siquiera. El fragor de los disparos inundó de pronto el despacho del policía.

Impasible, Ayres proyectó la escena hasta su sangriento final,

incluyendo la entrada del artilugio destinado a incendiar la casa. Entonces, desconectó el televisor y la pantalla se tornó opaca.

Los ojos de Ayres se clavaron en el rostro del asesino. Pierce estaba lívido.

—¿Es necesario que digamos algo más? —preguntó Ayres.

Pierce no podía articular palabra. Ayres apretó un botón.

Dos hombres de uniforme entraron en el despacho.

—Llévenselo —ordenó el sargento.

Los policías tuvieron que sacar a Pierce casi en volandas. Las piernas del asesino no tenían fuerza.

Ayres se quedó solo. Al cabo de unos instantes, fue a la puerta de su lavabo y la abrió.

—Ya puede entrar, Milo.

Dowell hizo su aparición, con una maleta en las manos.

—¿Lo ha visto? —preguntó Ayres.

Dowell asintió.

—Todo —contestó. Puso la maleta sobre la mesa—. Aquí tiene lo que le falta, Paul.

—¿Qué es eso? —preguntó Ayres.

—Los libros privados de McCooper. No me pregunte cómo los conseguí; no se lo diría. Pero convendría que hiciese detener a Pete Boyle. El le dará muchos más detalles.

—Sí, lo haré.

Dowell se encaminó hacia la puerta.

—Milo —llamó Ayres de pronto.

El joven se volvió.

—¿Paul?

—No vuelva a hacer de justiciero. No es su papel.

—Era una mujer joven, llena de vida, rebosante de optimismo... Algunos decían que era una rubia tonta, pero muchas rubias listas querrían haber sido como ella.

—Lo sé, pero no puede llevar luto eternamente por Jessica Bartney. Usted es joven y tiene ante sí un porvenir espléndido... si se ocupa de asuntos exclusivamente suyos. Deje para nosotros las cosas que son propiamente de la policía.

—Tendré en cuenta su consejo, Paul. Muchas gracias.

—Y... una última recomendación, Milo.

—¿Sí?

—Empiece a pensar en Vivian. Ella vale mucho.

Dowell sonrió tristemente. Hizo un gesto de asentimiento y salió del despacho.

El coche aguardaba en la puerta de la Jefatura de Policía. Kindler, correctamente uniformado, se apresuró a abrirle la portezuela. Cerró y corrió a ocupar su puesto tras el volante.

—A casa, Groff —ordenó el joven.

—Sí, señor.

El automóvil se puso en movimiento. Dowell encendió un cigarrillo.

Al cabo de unos momentos, hizo una pregunta:

—Groff, ¿cómo está la chica que le ayudó a localizar la caja fuerte?

—Contenta, pero también sin empleo...

—¿Piensas casarte con ella?

—Pues... el problema está en que no tenemos casa...

—Ahora vivirás en la mía. Hay sitio de sobra para un matrimonio, Groff.

—Gracias, señor. Se lo diré hoy mismo.

Dowell calló. Distraídamente, contempló las volutas de humo que brotaban de su pitillo.

Recordó el consejo de Ayres. La vida seguía, no había otro camino, se dijo.

De pronto, exclamó:

—Groff, ¿qué te parece la señorita Vivian?

—Ah, es una mujer maravillosa, señor. Espero que se haya repuesto ya del mal trago que pasó la otra noche.

—Le costará un poco.

—Usted debería ayudarla, señor. Si me permite un consejo...

—Claro, Groff.

—Los dos necesitan olvidar. ¿Por qué no se ayudan recíprocamente?

Dowell reflexionó unos momentos. Luego, de pronto, dijo:

—Groff, ¿sabes dónde vive la señorita Vivian?

—Por supuesto, señor. ¿Quiere que le lleve a su casa?

Dowell se arrellanó en su asiento y sonrió. —Sí, llévame a su casa— contestó.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.